

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DEL MIEDO EN *EL CAMINO EN LA SOMBRA*:
INTERPRETACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS DE LA MEMORIA

Autor:

GABRIEL FERNANDO UMAÑA SUÁREZ

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES

MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN, DESARROLLO Y CAMBIO SOCIAL

BOGOTÁ D.C. 2018

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DEL MIEDO EN *EL CAMINO EN LA SOMBRA*:
INTERPRETACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS DE LA MEMORIA

Autor:

GABRIEL FERNANDO UMAÑA SUÁREZ

Trabajo de grado como requisito para optar el título de
Magister en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social

Tutora: NANCY MALAVER CRUZ

Filósofa - Magister en Literatura

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES

MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN, DESARROLLO Y CAMBIO SOCIAL

BOGOTÁ D.C. 2018

Nota de Aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Bogotá D.C., junio de 2018

A mi madre,

A quien debo todo, incluso, la literatura.

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
PREFACIO	7
PRESENTACIÓN.....	8
JUSTIFICACIÓN Y PERTINENCIA	10
METODOLOGÍA.....	13
LINEA DE INVESTIGACIÓN	16
RESUMEN	19
ABSTRACT.....	21
1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE PROFUNDIZACIÓN	22
2 OBJETIVO DE INVESTIGACIÓN.....	24
2.1 OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE INVESTIGACIÓN	24
3 MARCO TEÓRICO	25
3.1 EL CAMPO LITERARIO	25
3.2 EL MIEDO COMO ELEMENTO DE CONTROL SOCIAL Y EXCLUSIÓN	30
3.3 SOBRE LA MEMORIA COLECTIVA	33
3.4 SOBRE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES	39
4 CAPÍTULO 1	45
4.1 SOBRE <i>EL CAMINO EN LA SOMBRA</i> , SU ARGUMENTO, SU CONTEXTO SOCIAL Y SUS PERSONAJES.....	45
4.1.1 Línea Argumental y perfil de los personajes:	45
5 CAPITULO 2	63
5.1 LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DEL MIEDO EN <i>EL CAMINO EN LA SOMBRA</i> .63	63
5.1.1 El campo literario, la obra de Osorio Lizarazo y las representaciones sociales del miedo 64	64
5.1.2 El miedo y el pathos Colonial, a través de los personajes de Osorio Lizarazo	76
6 CAPITULO 3	79
6.1 EL MIEDO Y LA MEMORIA COLECTIVA.....	79
6.1.1 Literatura y memoria en la obra de Osorio Lizarazo	80
6.1.2 Memoria y representaciones sociales del miedo	84
CONCLUSIONES	90
BIBLIOGRAFÍA	93
ANEXO.....	99

TABLA ILUSTRACIONES

	Pág.
ILUSTRACIÓN 1 REPRESENTACIONES SOCIALES.....	429

PREFACIO

De Eduardo Galeano (1940-2015) aprendí que la utopía sirve para caminar. Fue ese camino el que me condujo de niño —después lo supe— a encontrarme con la literatura. Fue en las letras que descubrí, con el paso de muchas páginas, que otros mundos son posibles. Y eso mismo fue lo que me impulsó a estudiar la Maestría en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social en la Universidad Santo Tomás. Una larga conversación con el entonces director del programa me permitió conocer un panorama sorprendentemente prometedor. Podía avanzar en mis conocimientos sobre la comunicación y al tiempo estudiar sobre las maneras que tiene la misma para recrear o transformar el mundo, repensar el desarrollo y el buen vivir de las gentes y propender por un cambio social. Recuerdo que hablamos, entre otras alternativas, de la literatura como un insumo del cual se podía extractar elementos de memoria, entendida ésta como una herramienta fundamental para la comprensión de la realidad y la transformación social, en el marco de los estudios de la comunicación. Sobre este asunto le indiqué mi inocente anhelo de querer adentrarme en el estudio de la literatura desde la comunicación. Me dijo, lo recuerdo cada día, que la memoria era el camino. Justo una de las líneas de investigación del programa era la comunicación, los derechos y la memoria. Fue esa mi nueva utopía para caminar.

PRESENTACIÓN

El presente documento busca trazar una hoja de ruta que establezca, a partir de un trabajo de profundización desde la **línea de investigación de comunicación, derechos y memoria**, un sendero que logre una aproximación teórica al territorio en el que cohabitan la literatura y los estudios en comunicación, el desarrollo y el cambio social. En este sentido se entiende la obra literaria como un texto que responde a un contexto y permite hacer una lectura mucho más precisa y aguzada de la memoria social de una comunidad a partir de la visión, interpretación y singularidad de perspectiva de un autor específico. En Colombia, existen un gran número de obras que responden a la denominada literatura de la violencia o a la narrativa del conflicto armado y sobre las cuales hay un sinnúmero de estudios críticos que las abordan desde la sociología del arte, la crítica literaria y los estudios culturales. No obstante, existe una línea narrativa que está asociada a la descripción de los conflictos sociales, desde una mirada de la cotidianidad, la cual no ha sido abordada a profundidad y es de gran interés, pues en ella se yuxtaponen las estructuras sociales, los aspectos estéticos del naturalismo y la vida cotidiana, de principios del Siglo XX. Por lo cual, se consideró fundamental explorar la narrativa de uno de sus principales exponentes, el escritor bogotano José Antonio Osorio Lizarazo (1900- 1965), quien es considerado uno de los precursores de la Novela Urbana. No en vano, debe su reconocimiento literario por haber escrito la primera novela inspirada en los hechos ocurridos durante el 9 de abril de 1948, luego de la muerte del caudillo Jorge Eliecer Gaitán en la ciudad de Bogotá. La narrativa de este autor traspasa las barreras del realismo y aborda problemas como el desarraigo y la exclusión social en la sociedad bogotana de la primera mitad del siglo XX. Por tal razón se consideró analizar su obra *El camino en la sombra* (1941).

El interés sobre esta obra, obedece a la necesidad de comprender los elementos que intervienen en las representaciones sociales de la sociedad de principios del siglo XX desde la perspectiva de los estudios de la memoria. Se entiende la memoria, como una narrativa que concatena en su relación con el relato de acontecimientos sociales e históricos en torno a la representación social de la exclusión, el desarraigo y el miedo, elementos que moldean el comportamiento humano, tanto desde una perspectiva relacional como desde la construcción misma del sujeto. En la obra estudiada se identifican, el miedo y el desarraigo como elementos constitutivos de la idiosincrasia de las gentes que habitaron la ciudad de Bogotá en los albores del siglo XX y cuya cotidianidad se vio marcada por la incidencia de la violencia posterior al fin de la Guerra de los Mil Días (1889-1902) y que sirvió de antesala a la denominada época de la violencia (1948-1957). Teniendo en cuenta lo anterior, se definió como delimitación socio-temporal del presente estudio las fronteras establecidas por los acontecimientos narrados por Osorio Lizarazo en la novela. Por lo cual, se analizan los acontecimientos en concordancia con lo referente a las circunstancias sociales, políticas y económicas de Colombia durante las tres décadas posteriores a la terminación de la Guerra civil. Se hace referencia a las transformaciones que sufrió la ciudad de Bogotá en dicho periodo, sobre todo en lo que respecta a la primera oleada migratoria del siglo XX que llevó a la extender el mapa urbano y a la reconfiguración de la vida cotidiana a partir del paso de una sociedad decimonónica tradicional a una sociedad obnubilada por la modernidad, pero anquilosada en la herencia colonial y la diferenciación de clases sociales. La demarcación permite el abordaje de la obra literaria elegida desde una perspectiva sociológica afín con los estudios de comunicación, desarrollo y cambio social.

JUSTIFICACIÓN Y PERTINENCIA

Una de las líneas de investigación de la Maestría en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social de la Universidad Santo Tomás refiere a la **comunicación, derechos y memoria**. Dice textualmente que busca “reflexionar sobre las múltiples posibilidades investigativas que se configuran en la relación memoria y comunicación, dado que son categorías analíticas y sociales a través de las cuales se cimientan las identidades colectivas”. A partir de la premisa anterior se busca desde el presente trabajo aportar al conocimiento sobre la relación entre memoria y comunicación a través de la interpretación hermenéutica de una obra literaria que se identifica como relevante en la medida en que narra unos acontecimientos ficcionales acuñados en una realidad social con ocurrencia en una época pretérita a la actual y específica vivida por el autor y, además, escrita bajo una técnica narrativa de la escuela naturalista que por sus maneras excluye directamente la toma de posturas o juicios de valor frente a los hechos descritos, que se presentan desprovistos de adjetivaciones, reflexiones o conjeturas.

No es una invención o una ocurrencia fortuita. Tampoco responde a un capricho o a la terquedad de querer reconciliar materias de categorías diferentes. Este ejercicio de interpretación de la obra literaria desde los terrenos de las ciencias sociales ya lo hizo Pierre Bourdieu (1930-2002). Se propuso analizar *La educación sentimental* (1869) de Gustave Flaubert (1821-1880) desde una perspectiva sociológica no literaria. Dejando a un lado la dicotomía entre lo que es real y lo que es ficcional, o lo que es histórico o lo que es recreativo, Bourdieu asume la obra de Flaubert como un todo, como el cadáver que le permitirá al médico forense conocer una causa de muerte a partir del análisis de la morfología del cuerpo sin vida. Bourdieu no repara mayormente en la confrontación de los datos históricos que enmarcan los hechos narrados en *La Educación*

Sentimental pues para su análisis, la obra literaria es de por sí un documento histórico y el único insumo para reconstruir el esquema de la vida de la sociedad parisina del siglo XIX.

Sobra decir que Bourdieu no pudo vivir en el siglo XIX. Nacido en el año 30 del siglo XX se propuso comprender una realidad social anterior a su nacimiento a través de la interpretación de una obra literaria. Para entender la pertinencia de emprender una interpretación de una obra literaria orientada a establecer una categoría de análisis en la que coincidan la memoria y la comunicación, resulta ser un esfuerzo, no igual de profundo, pero si igual de válido.

La pertinencia se materializa desde de la invitación que nos hace la línea de investigación de comunicación, derechos y memoria establecida por el programa posgradual en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social de la Universidad Santo Tomás: “definir otros objetos de estudio no necesariamente ligados a las narrativas del dolor que subyacen a las múltiples y yuxtapuestas violencias que emergen de la confrontación armada. De este modo, se invita a recuperar la memoria y hablar de paz en el contexto del posconflicto”. Para esto, tenemos en la obra de Osorio Lizarazo un relato sobre una época de postconflicto, justo los años posteriores a la Guerra de los Mil Días. El fin de esa confrontación armada, supuso la firma de unos tratados de paz entre las partes en contienda. El autor nos cuenta una historia ambientada en una época que él vivió. Era niño y luego adolescente para ese entonces. Los personajes de ficción de esta historia vivieron para la obra literaria en la Bogotá de principios de siglo. Fueron víctimas de desplazamiento. Pese a ser una época de paz, la violencia siempre estuvo presente. Se respira un ambiente de miedo, de tensa calma durante toda la obra. Justo esto es lo que se pretende hacer en el presente trabajo, ahondar en el establecimiento de hechos dentro de la obra literaria para identificar una representación social implícita en una época determinada.

Si se quiere saber cómo era la vida social en la época posterior a la Guerra de los Mil Días, se puede recurrir a los documentos históricos, a los cuadros de costumbres, a hacer una confrontación de datos entre uno y otro, o se puede recurrir a leer una obra ambientada justo en esa época, escrita por alguien que vivió en esa época. La pertinencia depende de si se le da o no el valor a la obra literaria como un documento válido desde la perspectiva de las ciencias sociales. Pierre Bourdieu entendió que era posible hacerlo y de ahí desarrolló sus Reglas del Arte. El presente trabajo, menos ambicioso, rescata una obra no tan conocida y le otorga ese valor que permite extraer de ella información de incumbencia social muy valiosa para un país como Colombia y que puede ser, como ya se dijo, de hoja de ruta para hacer interpretaciones similares. La obra literaria entendida como una herramienta de comunicación artística que nos ofrece información que de pronto no sea tan clara en los textos académicos. Tal vez vivamos en la misma época de miedo en la que vivían los habitantes de Bogotá después de que terminó la Guerra de los Mil Días.

METODOLOGÍA

La metodología utilizada para realizar el análisis de la obra en cuestión es aquella que responde a la hermenéutica como herramienta de análisis del texto tal como lo propone Paul Ricoeur, quien plantea una metodología de interpretación textual que se da gracias a la distancia que se le debe otorgar al texto de su autor. Es decir, el texto se mira como la principal fuente de información y sus límites son los mismos necesarios para analizarlo y comprenderlo, esto sin importar la intencionalidad del autor o su contexto personal. Se afronta entonces el texto desde una perspectiva interpretativa estableciendo previamente unas fases de abordaje que permitan identificar un elemento predominante dentro la historia, siendo éste implícito, a la realidad social incluida en la narrativa de la obra. Para el caso se identifica el miedo como forma manifiesta de la sensación de desarraigo de los personajes principales y, a su vez, se establece como categoría de análisis primaria para entender la manera de extraer de un documento una información sobre una época determinada. Como en el proceso de Pierre Bourdieu con *La educación sentimental*, no se trata de confrontar la veracidad de los hechos narrados, frente a lo documentado en otros textos que si son considerados por los eruditos como históricos, se trata de sustraer de la obra una información de genere valor al conocimiento de una realidad social determinada.

De esta manera, el proceso de análisis en el presente trabajo abarca cuatro fases: 1) lectura de la novela e identificación dentro de las representaciones sociales predominantes el miedo provocado por el desarraigo 2) identificación de lo que el documento aporta para la estructuración de lo que puede ser la representación social del miedo en el contexto de la obra literaria 3) acercamientos teóricos para la interpretación de cómo el miedo es una representación social en el

marco del texto literario entendido como documento que sirve de fundamento para identificar elementos de memoria colectiva en una época y un lugar determinado 4) comprensión del fenómeno estudiado, la representación social del miedo a la luz de los estudios de la memoria colectiva y cómo éstas dan cuenta de una transformación social en una época y un lugar determinado, siendo este el punto de encuentro entre los estudios de la memoria y la comunicación.

De cada una de estas fases, se desprenden cuatro líneas conceptuales, que se desarrollan con mayor detalle en el capítulo dedicado al Marco Teórico: La primera, aborda la concepción de Campo literario expuesta por el Sociólogo francés Pierre Bourdieu, con el objeto de establecer las relaciones entre el discurso estético y la construcción de lo social. La segunda, permite examinar el concepto de miedo propuesto por George Duby y Rosana Regillo y su repercusión en la vida cotidiana, a partir del condicionamiento y la exclusión. La tercera, aborda la concepción de memoria colectiva expuesta por Maurice Halbwachs. En coherencia con lo anterior se vincula como cuarta línea, el concepto de representaciones sociales, propuesto por Serge Moscovici.

La elaboración de este ejercicio de investigación tiene como fuente metodológica lo documental exploratorio que incluye la interpretación y análisis de la novela de Osorio Lizarazo desde la óptica de la literatura como elemento susceptible de ser interpretado desde las ciencias sociales. En este punto se utilizan dos grandes categorías de análisis: La memoria colectiva y la representación social del miedo.

Para llevar a cabo esta metodología se utilizó la identificación de narrativas, desde su concepción de contenido y no de medio, con herramientas como el análisis de contenido y el análisis del discurso, ambos desde la lectura de la obra literaria como objeto de estudio. En esta perspectiva, se realizó el estudio de las representaciones sociales presentes en la obra literaria a

partir de la identificación de imaginarios y elementos comunes a los personajes desde la construcción misma de la historia narrada. Para llegar a la esencia de las representaciones sociales presentes en la obra, se analizaron tanto los aspectos estructurales del relato, como los pequeños detalles que marcan ciertas tendencias en la toma de decisiones por parte de los personajes.

Para realizar este análisis, tomando la narración como objeto de estudio, no se tiene cuenta el autor, ni su contexto, así como también se descarta ahondar en el proceso de elaboración. Preguntas como si hubo un proceso de investigación de terreno para escribir la obra o de si los personajes están inspirados en personas reales, son asuntos que se descartan del análisis interpretativo a partir de las herramientas usadas estrictamente para escudriñar dentro del argumento del texto, más no en su forma o estilo.

Al cumplir las cuatro fases identificadas, aplicando las herramientas de análisis del texto, la información extractada no es un nuevo relato, ni la prolongación del primero, sino la evidencia de la memoria colectiva de un grupo social determinado en un espacio y un tiempo específicos.

LINEA DE INVESTIGACIÓN

El presente trabajo de profundización se inscribe en la línea de investigación en comunicación, derechos y memoria de la Maestría en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social de la Universidad Santo Tomás. Esta perspectiva investigativa busca reflexionar sobre la relación entre comunicación y memoria a través del análisis de los procesos de creación literaria que logran reconstruir la atmosfera de miedo, exclusión y desarraigo, que condicionan la violencia que ha marcado gran parte de la historia del país. Desde esta perspectiva se considera que el miedo es un elemento central para el análisis de la memoria colectiva, no obstante esta emoción en la obra de Osorio Lizarazo se encuentra entretejida con el desarraigo y la exclusión social, ya que en su narrativa se observan las relaciones estructurales de una sociedad, en la cual predominan relaciones de clase, establecidas según el discurso de poder que configuran lo hegemónico y homogenizante.

Se busca justamente establecer desde el campo teórico cómo en la literatura intervienen procesos comunicativos y la visualización de memoria colectiva, tomando como ejemplo la novela *El camino en la sombra* como parámetro para el análisis de una obra que dentro del género de la ficción aborda temáticas estrechamente relacionadas con los problemáticas sociales, específicamente aquellas generadas después de la Guerra de los Mil Días y que se expone a través de la historia de vida los personajes de la novela, quienes representan una clase social en emergente. Cabe anotar que el estilo de José Antonio Osorio Lizarazo, se configura desde las construcciones estéticas de la escuela Naturalista, movimiento artístico opuesto al romanticismo en el que se exaltan los acontecimientos desde la cotidianidad y la naturalidad de los hechos, alejándose de los juicios de valor y las consideraciones que se puedan tener desde el punto de vista de los sentimientos y las sensaciones. Importa entonces en este tipo de obras describir tal cual los

hechos como ocurren sin descripciones rimbombantes y o cargadas de adjetivos. La realidad que describen las historias desarrolladas desde esta escuela artística resalta los detalles de la vida cotidiana sin asomo de asombro por parte del narrador, generalmente en tercera persona e imparcial frente a la narración. Este tipo de estilo favorece el análisis de una obra literaria en relación con el contexto social e histórico de los hechos que narra y las consecuencias sobre sus personajes. En este sentido, la obra se aborda como potencia en documento de la memoria y de las construcciones sociales de la época, ya que describe los elementos de la realidad, dejando de lado los artificios y el sentimentalismo, pasando de los actos más sublimes a lo que se podría considerar como los más mezquinos y viles que envuelven la condición humana.

En consecuencia con lo anterior, la obra de Osorio Lizarazo describe personajes cuyas vidas se convierten en elemento clave no solo para la comprensión de este episodio de la historia política y social de Colombia, sino para identificar cómo la representación colectiva del miedo marcó los caminos de varias generaciones en el país. En este sentido, su producción concatena la historia con las estructuras y las relaciones sociales para dar forma a un universo donde los roles sociales están determinados por posturas políticas y culturales que permean la cotidianidad. Desde este enfoque la violencia aparece como un actor oculto, que moviliza las acciones de los individuos. En la novela de este autor se observarán los tres tipos de violencia: la estructural, la directa y la simbólica; las cuales darán pie a la permanente tensión entre los personajes y la presencia del miedo.

En coherencia con lo anterior se analiza la obra del autor bogotano José Antonio Osorio Lizarazo desde la generación de espacios de reflexión sobre problemáticas inherentes a una sociedad específica, con el objetivo de trazar un camino en el cual se observen elementos que han permanecido en la memoria colectiva, a lo largo de la historia del país. Es necesario comprender

que en el contexto de una sociedad en la cual se está pasando del mundo agrario a la construcción de la ciudad, prevalezca un enfrentamiento entre la tradición y las rupturas que devienen como expresiones de la modernidad. Este embate va transformando la vida urbana en la que predominan los discursos dominantes, donde las nuevas formas de exclusión están dotadas de una diferenciación entre las elites, urbanas y modernas y aquellos que representan el país agrario, así como la transmutación de una clase de artesanos a la clase obrera que tuvo su advenimiento con la industrialización del país. En este contexto encontramos una sociedad matizada por el predominio de dinámicas de imposición de formas de pensamiento, modos de actuar a partir del ejercicio de la violencia en todos los frentes, no solo desde el punto de vista de confrontación armada, sino la violencia como método de enseñanza y castigo, y como forma de represión contra aquellos que desde los cánones sociales dominantes se consideraban inferiores a principios del siglo XX en Colombia. Lo anterior, configurado desde estructuras mentales y sociales marcadas por el colonialismo.

RESUMEN

La literatura como experiencia artística narrativa ejerce un rol social que ha ido variando con el paso del tiempo en la historia de la humanidad. Aunque su injerencia sobre el devenir de las voluntades colectivas pudo alcanzar una cúspide a partir de las vanguardias del siglo XX, el advenimiento de un nuevo siglo ha hecho que su efecto motivador en materia de cambiar las escalas de valores de una sociedad o modificar el comportamiento de sus individuos haya disminuido al punto de ser casi imperceptible en la contemporaneidad debido a factores como el surgimiento de nuevas tecnologías y el establecimiento omnipresente de un sistema económico basado en el consumismo y un modelo de desarrollo predominantemente materialista. Bajo esta perspectiva se puede rescatar para el arte un rol de ‘espejo’, de ‘evidencia’, de ‘huella’ de memoria desde el punto de vista de la contribución a la creación de escenarios alternativos de reflexión sobre aspectos y problemáticas propias de cada sociedad, muy a pesar de padecer el efecto gangrenoso de la sumisión a las dinámicas del mercado y al abordaje de temáticas y estilos que responden únicamente a la demanda de las mayorías consumistas, dejando lo crítico, lo controversial, lo contracultural, lo revolucionario o lo contestatario a manifestaciones que terminan engrosando la sección de lo exótico, lo diferente, lo diverso, que como todo producto también es susceptible de ser vendido y acumulado por una porción letrada del gran público. En este marco de pensamiento, se establece un análisis de la obra *El camino en la sombra* del autor bogotano José Antonio Lizarazo como evidencia de la representación del miedo en el arte y la forma en la que esta emoción caracterizada, por un intenso sentimiento habitualmente desagradable, provocado por la percepción de un peligro, real o supuesto, presente o futuro se afincó en la sociedad colombiana en el período comprendido entre el fin de la Guerra de Los Mil Días (1899-

1902) y el inicio de la época de la violencia (1948-1957), todo ello a partir del concepto de memoria colectiva.

Palabras clave: literatura, memoria, representación social, miedo, violencia.

ABSTRACT

Literature as an artistic narrative experience plays a social role that has changed over time in the history of humanity. Although its influence on the development of collective wills was able to reach a peak from the avant-garde of the twentieth century, the advent of a new century has made its motivating effect on changing the scales of values of a society or modifying behavior Of its individuals has diminished to the point of being almost imperceptible in contemporaneity due to factors such as the emergence of new technologies and the ubiquitous establishment of an economic system based on consumerism and a predominantly materialistic development model. From this point of view, a role of 'mirror', of 'evidence', of 'trace' of memory from the point of view of contributing to the creation of alternative scenarios of reflection on aspects and problems of each Community, in spite of suffering the gangrenous effect of submission to the dynamics of the market and the approach of themes and styles that respond only to the demand of consumer majorities, leaving the critical, controversial, countercultural, revolutionary or what to manifestations that end up thickening the section of the exotic, the different, the diverse, that like any product is also susceptible of being sold and accumulated by a literate portion of the great public. In this frame of thought, an analysis of the work *El Camino en la sombra* of the Bogota author Jose Antonio Lizarazo is established as evidence of the representation of the fear in the art and the way in which this feeling settled down in the Colombian society in the period between the end of the Thousand Days War (1899-1902) and the beginning of the era of violence (1948-1957), all based on the concept of collective memory.

Keywords: literature, memory, social representation, violence, fear.

1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE PROFUNDIZACIÓN

Bajo la premisa de que la obra literaria puede ser interpretada desde una perspectiva de las ciencias sociales, en lo que respecta a la identificación de elementos constitutivos de memoria colectiva, posicionándola en la frontera que comparte con los estudios de la comunicación, se realiza la lectura y posterior interpretación del texto denominado *El camino en la sombra* de José Antonio Osorio Lizarazo.

Alejado de un empeño de validación histórica o de un ejercicio de minería de datos, surge de la lectura del documento una ambientación, prolífica en detalles sobre las maneras de relacionamiento y el estado de ánimo de las personas que vivieron la época en la que suceden los hechos. Estos sirven de insumo para la identificación de representaciones sociales inherentes a la época y lugar citado. Culminada la lectura inicial se puede advertir una sensación predominante y no explícita en todo el texto: miedo. Existe un profundo miedo en los personajes que intervienen en el relato. Este es un condicionante en la toma de decisiones de todos y, por ende, genera una atmósfera silenciosa que permea toda la sociedad que de manera colectiva convive con un temor tangible desde el desarraigo y las consecuencias de la guerra que terminó y los rezagos de la confrontación armada que se avecina.

Siendo el miedo esa representación social predominante en la obra, ¿qué lo caracteriza?, ¿qué lo produce?, ¿por qué se propaga en todos los personajes, así cada uno tenga una personalidad distinta? Y, también, ¿puede éste miedo generalizado ser una representación social constitutiva de memoria colectiva que pueda servir para comprender las transformaciones sociales que ocurrieron a principios del siglo XX en Colombia y, específicamente, en Bogotá?

Con base en la metodología propuesta para la interpretación de la obra, la cual surge de la mixtura entre elementos de análisis desarrollados por Pierre Bourdieu y la hermenéutica de Ricoeur, el problema a resolver, desde esta primera identificación de representación social del miedo como una tendencia predominante en la obra es comprender, desde los estudios de la memoria, esta representación como parte inherente a las transformaciones sociales en época de del postconflicto de la Guerra de los Mil Días en Colombia y, específicamente, en Bogotá, partiendo de los hechos narrados por el autor.

Desde esta perspectiva, deberíamos preguntarnos:

¿Qué significados podemos encontrar a partir de la interpretación de la novela *El camino en la sombra* desde las representaciones sociales del miedo como aporte a la mirada de la memoria colectiva para la transformación social?

2 OBJETIVO DE INVESTIGACIÓN

Interpretar la obra literaria *El camino en la sombra* como expresión de las representaciones sociales del miedo, a partir de los estudios de la memoria colectiva, para comprender el fenómeno de las transformaciones sociales ocurridas en la época comprendida entre la post-guerra de Los Mil Días y el inicio de la Época de la Violencia en Colombia.

2.1 OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE INVESTIGACIÓN

- 1) Indagar, desde la construcción narrativa de la novela *El camino en la sombra*, sobre las formas en que los personajes son expresión del miedo como representación social.
- 2) Reconocer las representaciones sociales del miedo a partir del análisis de los personajes y su participación en el argumento de la novela *El camino en la sombra*, para la comprensión de las transformaciones sociales del contexto histórico comprendido entre el de la Guerra de los Mil Días y el inicio de la Época de la Violencia en Colombia.

3 MARCO TEÓRICO

Se presenta la estructura teórica a partir de la cual se construyó la ruta de análisis de la obra de José Antonio Osorio Lizarazo: *El camino en la sombra*. Componen esta estructura cuatro líneas conceptuales: La primera, aborda la concepción de Campo literario expuesta por el Sociólogo francés Pierre Bourdieu, con el objeto de establecer las relaciones entre el discurso estético y la construcción de lo social. La segunda, permite examinar el concepto de miedo propuesto por George Duby y Rosana Regillo y su repercusión en la vida cotidiana, a partir del condicionamiento y la exclusión. La tercera, aborda la concepción de memoria colectiva expuesta por Halbwachs. En coherencia con lo anterior se vincula como cuarta línea, el concepto de representaciones sociales, propuesto por Serge Moscovici.

3.1 EL CAMPO LITERARIO

Pierre Bourdieu, es uno de los intelectuales más importantes de nuestra época, sus estudios abordan diversas manifestaciones de la cultura, la política y la sociedad. En sus trabajos incluyó el análisis de diferentes ámbitos de lo humano, como la literatura, el arte, la religión, el discurso político observando las relaciones existentes entre las estructuras sociales y el poder. De esta observación surge el concepto del campo como categoría interpretativa. Para Bourdieu el campo se define como:

“Un campo podría definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo -y de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones “(dominación, subordinación, homología, etc.)” (Bourdieu. 1995, p. 64).

Entender el campo como una red, establece una relación directa con el discurso y su posicionamiento. En este sentido, es necesario trazar un límite que determine, el periodo de tiempo al cual se circunscribe el discurso, partiendo de las especificidades propias de los lugares de enunciación, la relación que tienen quienes conforman el campo con el poder, así como el capital cultural y los hábitos que se tienen. En coherencia con lo anterior se encuentran las acciones y las reacciones de los agentes que componen un campo, las cuales están asociadas a la posición en la que se ubican frente al poder. De esta manera se pueden observar las tensiones entre los agentes de un campo, en el que se pone en juego el papel simbólico y de control que ejercen las instituciones. Para Bourdieu:

“Hay tantos intereses como campos, como espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias; la existencia de un campo especializado y relativamente autónomo es correlativa de la existencia de compromisos y de intereses específicos; a través de las inversiones inseparablemente económicas y psicológicas que suscitan entre los agentes dotados de un cierto habitus, el campo y sus compromisos (ellos mismos producidos como tales por las realizaciones de fuerza y de lucha por transformar las relaciones de fuerza que son constitutivas del campo) producen inversiones de tiempo, de dinero, de trabajo, etc”. (Bourdieu. 2000, p.108).

En este sentido, se debe entender la teoría de los campos, como explicación a las dimensiones políticas y culturales que interactúan en la esfera del individuo y lo obligan a tomar una posición frente a la sociedad. En este sentido se debe analizar el concepto de posición, el cual no solo atañe a una postura o un ideal, de hecho para Bourdieu la posición se configura desde lo geográfico, lo histórico y lo subjetivo, por ende también involucra la movilidad social. De ahí que la obra

literaria, sea vista por el sociólogo francés como una toma de posición, en la que se manifiesta el capital cultural, el capital simbólico y la relación con el poder. De esta manera se puede afirmar que el campo literario, está supeditado o se encuentra dentro del campo del poder donde ocupa una posición dominada. Con esto Bourdieu no está diciendo que la literatura, sea una expresión menor o que sirva a los intereses del poder, sino que el campo literario, es una estructura que tiene una relación de interdependencia con el poder, que en algunos casos puede ser de enfrentamiento y denuncia y en otros puede funcionar para posicionar discursos de exclusión.

En este sentido, el campo literario es un campo relativamente autónomo subordinado por el campo del poder. En este caso, los agentes que subordinan dicho campo son las instituciones o la academia que delimitan mediante la crítica el alcance de una obra. (Bourdieu. 1997, p.320). Para el sociólogo Francés, la obra debe ser estudiada a partir de sus condiciones sociales de producción y en relación a otras obras, que configurarían el campo de la literatura y a su vez las relaciones de este campo con el poder.

El campo literario es un campo de fuerzas al mismo tiempo que un camino de luchas que tienden a transformar o a conservar la relación de fuerzas establecida: cada uno de los agentes empuja la fuerza (el capital) que adquirió, por las luchas anteriores en las estrategias que dependen, en su orientación, de su posición en las relaciones de fuerza, es decir, de su capital específico. Concretamente, son por ejemplo las luchas permanentes que oponen las vanguardias siempre renacientes a la vanguardia consagrada... Los recién llegados, que son también los más jóvenes, cuestionan lo que fue opuesto por la revolución precedente, a la ortodoxia anterior... esta discusión incesante se traduce, del lado de las obras, en un proceso de depuración (Bourdieu. 2000, p.146).

La importancia del campo literario para el presente estudio, está dada por el análisis de la obra en el contexto de producción del autor (1960) y la descripción del momento histórico posterior a la guerra civil (1900-1930). La yuxtaposición de estos dos elementos, así como el surgimiento de la literatura realista y naturalista en Colombia obedecen a una lucha por el reconocimiento de los

conflictos sociales y la denuncia al sistema imperante en el país. De esta manera en la obra de Osorio Lizarazo se observaran las posiciones, habitus y construcción de agentes sociales que se desarrollan en la vida cotidiana de los albores del siglo XX.

Sumado a lo anterior encontramos el concepto del naturalismo, que se constituye como parte de campo literario en Colombia. Desde el punto de vista ideológico o filosófico, la novela naturalista es la narrativa del positivismo científico. Su aparición a finales del siglo XIX francés, pretende rebasar las expectativas del realismo social sobre la interpelación de la sociedad. El naturalismo se basa en lo expuesto por Emile Zola, en el cual el papel del autor debe asemejarse al del científico, capaz de describir la sociedad tal cual es presentada, los rincones más complejos de la naturaleza humana y las relaciones, habitualmente conflictivas, del individuo con la sociedad que le rodea. (Ordiz, 1987).

En este sentido, Autores como Osorio Lizarazo y Fernando Soto Aparicio, se acercan al concepto de naturalismo pues sus personajes se encuentran forjados por las circunstancias y no poseen un control real sobre lo que les acontece. Por ende son contruidos a partir del medio y responden a modelos de idiosincrasia vinculados históricamente con un sistema de clases, que procede del determinismo histórico. En la escuela naturalista:

“Se hace especial hincapié en el poder irrefrenable de los instintos sexuales, habituales generadores de violencia, y en el nocivo protagonismo del alcohol como liberador de estas ocultas pasiones, invariablemente sórdidas y execrables. El naturalista trata de indagar por tanto desde distintas perspectivas en los resortes de esa dialéctica que se produce entre la cara externa y el universo interior del ser humano, en términos que en muchos casos parecen adelantar las posteriores investigaciones que llevará a cabo el psicoanálisis” (Ordiz, 1997).

Sumado a esto es capaz de retratar la marginalidad, por tanto, utilizan el marco geográfico como elemento fundante, para describir las situaciones psicológicas de los personajes y cómo éstas afectan sus acciones. En el caso que nos atañe, esto se observa claramente en la medida que el lenguaje que habita la novela esta desprovisto de cualquier tipo de floritura y artificio con el objeto de mostrar la relación entre los agentes tal cual es. Así mismo aparece la ciudad, como un agente orgánico que funciona tanto como escenario como personaje. En consecuencia es vista como jungla urbana, en la que sólo sobreviven los más fuertes o los que desarrollan una mayor capacidad de adaptación al entorno, en general los violentos, los corruptos y los arribistas.

En este sentido el campo literario construido por la novela naturalista de Osorio Lizarazo, nos presenta una serie de agentes en juego, donde el discurso del poder está dado por la capacidad de adaptación y por ende a la capacidad de resistir un medio social hostil. Los personajes entonces no están en busca de una redención, ni son enaltecidos como héroes románticos o se presentan como el personaje redimido del realismo social. La pretensión de la obra es:

“cientificista el narrador naturalista pretende ser tan solo un mero transmisor objetivo e imparcial de la historia, y no debe por ello penetrar en el relato con apostillas o comentarios personales. Su finalidad es mostrar al lector el poder implacable que esas fuerzas ocultas, que siempre se identifican en el comportamiento humano. Las acciones del personaje responden por tanto a una clara lógica interna y se hallan en consecuencia alejadas de todo componente de tipo misterioso, irracional o inexplicable”. (Ordiz, 1997)

Desde el punto de vista formal, el campo literario al que pertenece el autor, permite observar la relación de los sujetos (personajes) con el poder, la construcción social que van haciendo desde sus temores y desde la frustración para dar cuenta de una sociedad en vías de modernización, donde aún prevalecen construcciones culturales coloniales que se derivan en la construcción del otro, como representaciones de poder hegemónico. En congruencia con esto surge

el concepto de miedo como fuerza que moldea el comportamiento humano capaz de propiciar control social y exclusión.

3.2 EL MIEDO COMO ELEMENTO DE CONTROL SOCIAL Y EXCLUSIÓN

George Duby es uno de los herederos más importantes de la escuela francesa de los Annales; su producción intelectual transitó entre la historia de la cultura y la historia de las mentalidades. Este historiador desarrolló dos líneas de trabajo fundamentales, la Edad Media y La historia de la vida cotidiana. Abordó el miedo como un concepto social, que va más allá de la sique individual y moviliza las acciones humanas. En su texto, *Año 1000, Año 2000 La huella de nuestros miedos*, establece varios elementos sobre el miedo, que se equiparan en diferentes épocas de la sociedad: Categorizando cinco tipos de miedo:

- a. El miedo a la enfermedad, el cual obedece a una construcción cultural del cuerpo, que está asociado a la calidad de vida, al estatus social o la pertenencia a un grupo social.
- b. El miedo al otro. Para Duby, el miedo al otro está representado en los límites que se trazan entre el deber ser y lo diferente.
- c. El miedo al más allá. Es un miedo ontológico que se devela, en la comprensión de la muerte o de la finitud de la vida.
- d. El miedo a la violencia. Se destaca en la medida, que si bien el conflicto aparece necesario para el hombre, la solución violenta de este no se considera necesaria.
- e. El miedo a la miseria.

En este punto cabe señalar que Duby establece dicha categorización con el fin de presentar un texto en el que se yuxtaponen el pasado y el presente. No obstante, dichas categorías tienen una particularidad y es la capacidad de ser representadas y fijadas en la memoria. Uno de los elementos más importantes en el libro es que la expresión del miedo, es un elemento de control social. Por ende en las imágenes que se trabajan en la Edad Media, el miedo está asociado a dos elementos la fealdad y el placer.

En este sentido el miedo era capaz de representarse en imágenes, que mostraban la enfermedad y la muerte como elementos asociados a decaimiento humano. De ahí que cumplían una función social, la de controlar. De esta manera el miedo, se convierte en el mecanismo que permite establecer un campo de poder, donde el discurso establece la necesidad de excluir aquello que no se puede nombrar o que produce tal perplejidad que está fuera de los límites de la comprensión dentro de un sistema cultural. Por consiguiente, el miedo activa respuestas en el individuo como la violencia, que puede ser una forma estructural, directa o simbólica. Estructural en cuanto está vinculada a las instituciones y al poder; directa en cuanto se inflige en la persona de alguien y simbólica en la medida en la que se instala en el discurso.

En cuanto al miedo a la miseria, habría que decir que Duby destaca, que está asociado a la pérdida de posición donde la incapacidad para reponerse a determinada situación económica provoca todo tipo de acciones desesperadas. Este miedo está asociado a la famosa expresión caer en desgracia. Coherente con esto, se encuentra la posición de Rossana Reguillo y de Ulrich Beck donde el miedo está asociado a los riesgos sociales. El término sociedad del riesgo, acuñado por Beck señala que existen una serie de factores sociales, económicos y culturales que determinan los riesgos que corre un individuo a partir de la diseminación de discursos sobre el peligro. Estos

discursos funcionan a través del señalamiento a lo otro, entendiendo lo otro como aquello que se desconoce. Desde este punto de vista Rogillo señala que:

“Para ello es importante señalar que el miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada socialmente construida y culturalmente compartida. Son las personas concretas las que experimentan miedos, como formas de respuesta, se trata del plano de lo individual; sin embargo, es la sociedad la que construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro y genera unos modos de respuesta estandarizada, reactualizando ambos, nociones y modos de respuesta, según los diferentes periodos históricos”. (Reguillo, 2011 p.3)

Desde esta concepción el conflicto político y cultural en Colombia que se ha establecido desde la creación de la república, ha permitido una construcción social del miedo el cual está atravesado, por las concepciones religiosas y jerárquicas que impuso la colonia y que trasmutaron a la dialéctica de clases sociales, que trajo la industrialización. Entonces se crearon discursos, como el miedo a la izquierda, el miedo a la participación política, el miedo al reclamo de los derechos. Convirtiendo el miedo en un factor de control social moldeado por las necesidades de la sociedad. Como lo explica Regillo:

“La pertenencia a una matriz cultural no sólo modela el miedo, sino contribuye a generar en el actor individual que comparte esa cultura, la seguridad de que "sus alarmas" operan de acuerdo al colectivo del que hace parte y que sus modos de respuesta son compartidos por su grupo -en sentido amplio- de referencia”. (Reguillo, 2011 p.4)

Las acciones que emprende una sociedad para protegerse del miedo, pueden ser varias: el control disciplinar que va desde la prohibición hasta la cesión de Derechos. En este sentido el ejercicio de la Memoria funciona como un proceso de reconstrucción crítica de la realidad y de la historia, que puede permitir la deslegitimación del miedo. En el siguiente apartado se pretende establecer el papel de la memoria como elemento de cohesión social.

3.3 SOBRE LA MEMORIA COLECTIVA

Se ha dicho que el miedo es una experiencia individual, pero que se establece desde una construcción colectiva. Desde este punto de vista, la concepción del miedo se fija en la memoria en éstos mismos sustratos, el individual y el colectivo. Para el profesor Darío Betancourt Echeverry: “La memoria individual existe, pero ella se enraíza dentro de los marcos de la simultaneidad y la contingencia.” (1999, p.4). Sin embargo, la remembranza personal se establece desde el cruce de la multiplicidad. Esta concepción se establece desde la postura de Halbwachs sobre la memoria, donde el recuerdo es una reconstrucción que depende el reconocimiento de la experiencia.

“Si bien lo que vemos hoy se sitúa en el contexto de nuestros recuerdos antiguos, estos recuerdos se adaptan, sin embargo, al conjunto de nuestras percepciones actuales. Todo sucede como si confrontásemos diversos testimonios. Como en lo básico concuerdan, aun con algunas divergencias, podemos reconstruir un conjunto de recuerdos con el fin de reconocerlo”. (Halbwachs. 1968, p. 25).

En este sentido, la multiplicidad de la memoria individual está sujeta a la interacción con las memorias de otros. Para Halbwachs “Efectivamente, si nuestra impresión puede basarse, no sólo en nuestro recuerdo, sino también en los de los demás, nuestra confianza en la exactitud de nuestro recuerdo será mayor, como si reiniciase una misma experiencia no sólo la misma persona sino varias”. (1968. p. 26). Esa reconstrucción que pasa por la colectividad permite tener una seguridad sobre lo experimentado e incluso puede permitir la vivencia de aquello que solo estaba en la memoria. De esta manera se establece que:

“Sucede que una o varias personas, reuniendo sus recuerdos, pueden describir con gran exactitud hechos u objetos que hemos visto a la vez que ellas, e incluso reconstruir toda la serie de nuestros actos y palabras que pronunciamos en circunstancias definidas, sin que nosotros recordemos nada de todo ello”. (Halbwachs. 1968, p. 27).

En este sentido la memoria funciona como un dispositivo narrativo, el cual puede ir aumentando y/o transformándose con el paso del tiempo. La concepción narrativa de la memoria colectiva, surge de la unión de diversas fuentes, que terminan creando un tapiz, en el que se va construyendo la idea del pasado. El cual puede estar constituido por hechos históricos, elementos míticos y religiosos y esta sopesado por el entramado cultural. Este último muestra un núcleo común que establece relaciones entre quien recuerda y lo recordado, desde los aspectos más emotivos y que lo interpelan como sujeto. Para comprender esto es necesario retomar lo expuesto por Halbwachs:

“Para que nuestra memoria se ayude de la de los demás, no basta con que éstos nos aporten sus testimonios: además, hace falta que no haya dejado de coincidir con sus memorias y que haya bastantes puntos en común entre una y otras para que el recuerdo que nos traen pueda reconstruirse sobre una base común. Para obtener un recuerdo, no basta con reconstruir pieza a pieza la imagen de un hecho pasado. Esta reconstrucción debe realizarse a partir de datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás, porque pasan sin cesar de éstos a aquélla y viceversa, lo cual sólo es posible si han formado parte y siguen formando parte de una misma sociedad. Sólo así puede entenderse que un recuerdo pueda reconocerse y reconstruirse a la vez”. (Halbwachs. 1968, p. 34).

Esta concepción permite entender elementos propios de las percepciones, que tienen de sí mismos los habitantes de un territorio. En este sentido concepciones, como identidad, Nación, mito fundacional, cobran importancia en un entorno que aunque fragmentado, constituye un campo de investigación e interpretación hermenéutica del discurso de la memoria colectiva. En este sentido, la memoria colectiva funciona como una huella, que se imprime en las manifestaciones culturales y artísticas, como la literatura. En este sentido la escritura se constituye como una memoria que permite pensar todo lo social desde una cierta perspectiva. Para Halbwachs se hace memoria.

“Cuántas veces expresamos, con una convicción que parece totalmente personal, reflexiones extraídas de un periódico, de un libro o de una conversación. Responden tan bien a nuestros puntos de vista que nos extrañaría descubrir quién es su autor, y que no seamos nosotros. «Ya lo habíamos pensado», pero no nos damos cuenta de que no somos más que un eco”. (Halbwachs. 1968, p. 46).

En este sentido la obra de Osorio Lizarazo funciona como un discurso, que contiene elementos de la memoria colectiva, trazando, a través de la novela familiar, los caminos de la historia de la ciudad, el crecimiento urbano, la división de clases sociales y las tradiciones heredadas del colonialismo salen a flote, como parte de una manera ser, una mirada sobre el mundo. La relación que subyace entre la memoria colectiva y la literatura, obedece al hecho de que recordar, permite dar cuenta de la identidad y de las formas en que se articulan rasgos idiosincráticos con los hechos históricos.

En la narrativa colombiana actual plasma estéticamente el proceso de recuerdo y olvido que emprenden determinados individuos o colectivos; no obstante, la relación entre narrativa y memoria colectiva está enraizada en los procesos propios del realismo y del naturalismo que con el fin de recrear, a través de sus particulares visiones del pasado, unas identidades. Para esto se ha recurrido a una narrativa de carácter micro-histórico donde la cotidianidad se entreteje con la visión del pasado. La microhistoria se fundamenta en el estudio de lo cotidiano, como forma de la cultura, trasegar de lo ideológico, lo económico y lo político.

En este caso, la utilización de determinados procedimientos formales moldea, de manera diversa, diferentes manifestaciones y posibilidades de construcción de la memoria y la identidad, y presenta, a veces someramente, otras veces con sorprendente prolijidad, a partir de una cultura del recuerdo ya preexistente, unos modelos identitarios con una significativa carga simbólica, que bien pueden influir, de manera determinante, en las variantes que adoptan en la sociedad

contemporánea los procesos individuales y colectivos de evocación del pasado y de construcción de identidades.

Por sus características específicas, la literatura, sobre todo la narrativa, se convierte en un vehículo ideal para mostrar los vasos comunicantes entre memoria y la identidad. En este sentido, lo expuesto por Osorio Lizarazo en sus novelas, presenta la experiencia histórica como recuerdos. Por tanto, se puede afirmar que tanto la memoria colectiva como la literatura se alimentan de las diversas representaciones sociales, las cuales se soportan en un sistema de valores o interpretaciones de la cultura. En consecuencia, la obra literaria es capaz de mostrar los modelos identitarios.

En virtud del análisis, se observa que la referencialidad específica de la obra literaria, se asocia a otras narrativas, como el texto autobiográfico o la crónica donde lo ficcional, está atravesado por las nociones de lo colectivo. En función de lo colectivo se conjugan elementos emotivos y sociales que constituyen el recuerdo. Desde esta concepción se establece una relación dialogante entre memoria e identidad que para el caso de la obra de Osorio Lizarazo predomina en la mentalidad colonial y de clase que permea la construcción de sus personajes.

En especial la narrativa muestra una sorprendente capacidad para explicar los complejos procesos históricos y su influencia sobre la mentalidad de determinado grupo social. Un claro ejemplo se establece con autores como Gunter Grass que a través de diferentes elementos del marco social y de la construcción de personajes logra un retrato de la sociedad alemana en la que se empoderó el nazismo. Así mismo establece los parámetros propios de las representaciones sociales en las que estaba inmersa la xenofobia y las bases de la identidad alemana, a través de la descripción de una familia de clase media. Otro ejemplo claro se establece en la narrativa de

escritores Naturalistas como Emil Zola y Guy de Maupassant quienes despojan de todo sentimentalismo, la sociedad francesa y enfocan su trabajo hacia la descripción sociológica. Por tanto la narrativa confirma o consolida identidades, ideas del pasado y jerarquías de valores.

En este sentido, la memoria colectiva, como lo enunciaban Halbwachs es un proceso social de reconstrucción de un pasado o una versión del pasado, no se puede negar que en muchas ocasiones la literatura ha servido de sientto para fortalecer las ideas propias de un grupo social sobre lo que debe ser la nación y el ciudadano modelo. Claros ejemplos están en el continente latinoamericano con los llamados poetas indianistas, que utilizaban la imagen del indígena, en contraposición con el pensamiento colonial. Generando un proceso de memoria basado, en el pasado Incaico. Otro ejemplo, se encuentra en la narrativa que se ha creado por diversos autores alrededor de la figura libertaria de Simón Bolívar, la cual se constituye como símbolo, que va más allá de lo histórico y apela a un pasado común capaz de reactualizarse en el discurso.

En coherencia con lo anterior se puede afirmar que la memoria se construye como un marco social, que está determinado por el lenguaje, el cual encuentra su significación en el entramado cultural. Dicho entramado cultural esta soportado por un tiempo y un espacio, que permite crear una memoria común. Aquí cabe retomar lo propuesto por Halbwachs, sobre la relación entre memoria histórica y memoria colectiva:

“Si, por memoria histórica, entendemos la serie de hechos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella sino sus marcos, lo que representa el aspecto esencial de lo que denominamos la memoria colectiva. Pero entre el individuo y la nación, hay muchos otros grupos, más restringidos que ésta, que también tienen su memoria y cuyas transformaciones repercuten mucho más directamente en la vida y el pensamiento de sus miembros.”. (Halbwachs, 1968. p. 79).

Sobre estos aspectos, se debe apuntar que la historia oficial es una narrativa que recopila los hechos que han ocupado la mayor parte de la memoria de los hombres, a partir de hitos y coincidencias que dan forma al relato oficial de la historia. Esto implica los hechos son seleccionados según intereses, que dejan de lado otras voces y por ende, en ocasiones falsean lo que se conoce de los procesos sociales (Halbwachs, 1968). En cuanto a la literatura, encontraríamos su papel “subversivo” frente a la historia oficial lo cual, ha permitido traer al presente situaciones que son importantes para entender el trazado de la memoria colectiva. En este sentido aspectos tales como la condición del sujeto están atadas a las representaciones sociales, que le permiten movilizarse en determinado marco. Para el caso de investigación se observa que la memoria colectiva, recogida desde el texto, permitió a Osorio Lizarazo apelar a situaciones de la cotidianidad y de la historia oficial, que presentan un perfecto retrato de familia en el cual, existe una visión de las herencias coloniales y del surgimiento de Bogotá como ciudad, la cual acoge a la primera oleada migratoria producto de la guerra de los mil días. Este capítulo de la historia de la ciudad, no ha sido considerado pues, siempre se establece como hito el proceso migratorio producto de la violencia iniciado con el Bogotazo, sin tener en cuenta que la ciudad a principios del siglo XX fue expandiéndose. En este sentido, es importante recordar lo dicho por Halbwachs, en torno al papel de lo escrito en la memoria.

“Cuando la memoria de una serie de acontecimientos ya no se apoye en un grupo, aquel que estuvo implicado en ellos o experimentó sus consecuencias, que asistió o escuchó el relato vivo de los primeros actores y espectadores, cuando se dispersa en varias mentes individuales, perdidas en sociedades nuevas a las que ya no interesan estos hechos porque les resultan totalmente ajenos, el único medio de salvarlos es fijarlos por escrito en una narración continuada ya que, mientras que las palabras y los pensamientos mueren, los escritos permanecen”. (Halbwachs, 1968. p. 80).

Lo expuesto por Halbwachs, plantea un elemento fundamental para la comprensión del desarrollo de las sociedades, la aparición de diversas fuentes nutre la concepción de elementos identitarios y de la reivindicación de luchas. No obstante, dejar pasar de largo las voces que son divergentes frente a la historia oficial, puede generar el ciclo del eterno retorno. En este sentido y para finalizar este apartado se debe tener en cuenta que:

“Es posible que tras un acontecimiento que trastocó, destruyó parcialmente y renovó la estructura de la sociedad, empiece otro periodo. Pero no nos daremos cuenta hasta más tarde, cuando una nueva sociedad haya sacado de sí misma nuevos recursos y se haya fijado otras metas”. (Halbwachs, 1968. p. 83).

3.4 SOBRE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

El concepto de representación social, está ubicado en el contexto propio de la psicología social y de la sociología, encontrándose como un punto intermedio para comprender las acciones de los individuos y cómo están permeadas por diferentes campos del conocimiento. Cabe en este punto aclarar que el conocimiento, es abordado o entendido desde la construcción y el actuar de los sujetos sociales. En este sentido, se puede afirmar que en este caso se habla del de la información que circula y fluye en el entorno inmediato de las personas, la cual puede estar relacionada con tradiciones, historias familiares, así como experiencias inmediatas. Para Serge Moscovici, Psicólogo social francés y quien desarrolla la teoría de las representaciones sociales, “estas son entidades casi tangibles. Circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano a través de una palabra, un gesto, un encuentro” (Moscovici, 2002, p.7). De ahí que se observe en una relación entre estas y el sentido común o el pensamiento natural. Para la presente investigación, las representaciones sociales se articulan con el concepto de memoria colectiva, debido a que ambas se mueven en el marco de lo identitario.

Para las ciencias sociales, ha sido de interés comprender los diálogos que se establecen entre el conocimiento común, las representaciones sociales y la memoria colectiva, en la medida que estos permiten cartografiar las concepciones sociales y comprender las acciones de los sujetos. Se debe entender aquí que el sustrato conceptual del que se alimentan tanto la memoria colectiva como las representaciones sociales es el conocimiento común. Este conocimiento se constituye a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos, y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y medios de comunicación. La profesora Denise Jodelet, plantea que las representaciones sociales permiten dar cuenta de los procesos sociales, que integran lo psicológico dentro del conjunto de la vida social, en esta medida el conocimiento común surge de la elaboración social, que aparece en las prácticas comunicativas (Jodelet, 1986 p.473).

Para Jodelet, es importante entender las creencias de la gente y por valorar como constructo conceptual sus teorías del mundo más allá si estos, están o no de acuerdo con la institución académica. El estudio de las representaciones sociales, se ha establecido como campo capaz de apelar a diversas disciplinas como la historia, la antropología y la sociología. Es por esto que Jodelet define las representaciones como:

“El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social. Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal” (1986 p. 474).

Por su parte Moscovici define las representaciones sociales como:

“Una modalidad particular de conocimiento cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. Es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación.” (2002, p.17-18).

Las representaciones son una guía para la acción social de los sujetos que permite establecer marcos axiológicos y culturales, que se dan desde un lugar de enunciación histórico. Para Jean Claude Abric, las representaciones sociales incluyen diferentes sistemas ideológicos, además de las dimensiones cognitivo- social y socio- económico, los ámbitos tecnológicos y los ámbitos materiales. Estos campos se articulan entre sí y constituyen el entramado social, el cual el individuo debe interpretar (2008, p.7). En este sentido Abric propone que:

“Si, por ejemplo, un individuo (o un grupo) expresa una opinión (es decir, una respuesta) respecto a un objeto o a una situación, dicha opinión en cierta forma es constitutiva del objeto, lo determina. El objeto reconstruido es entonces de forma tal que resulta consistente con el sistema de evaluación utilizado por el individuo. Es decir, por sí mismo un objeto no existe. Es y existe para un individuo a un grupo y en relación con ellos. Así pues, la relación sujeto-objeto determina al objeto mismo. Una representación siempre es la representación de algo para alguien”. (Abric, 2008, p.10)

En coherencia con lo expuesto con anterioridad, se puede afirmar que las representaciones sociales son un constructo teórico. Elemento que es común en autores como Moscovici, Jodelet, Abric. Para comprenderlo con mayor claridad se presente una continuación un esquema del funcionamiento de las representaciones sociales.

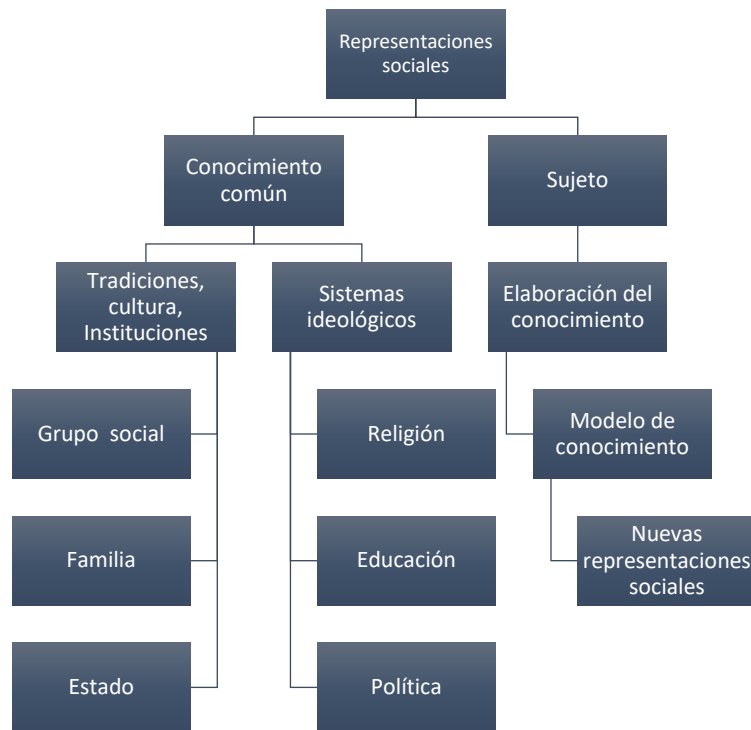


Ilustración 1 Representaciones Sociales.

Fuente: Autor

Las representaciones sociales que establecen sistemas complejos de realidades, en los cuales tiene peso la experiencia individual y la experiencia colectiva para Moscovici y Hewstone:

“Las representaciones están inscritas en los pliegues del cuerpo, en las disposiciones que tenemos y en los gestos que realizamos. Forman la sustancia de ese habitus del que hablaban los antiguos, que transforma una masa de instintos y órganos en un universo ordenado, en un microcosmos humano del macrocosmos físico, hasta el punto de hacer que nuestra biología aparezca como una sociología y una psicología, nuestra naturaleza como una obra de la cultura. Enraizada así en el cuerpo, la vida de las representaciones se revela como una vida de memoria.” (Moscovici y Hewstone, 1986, pp. 708-709).

Cabe señalar aquí la paridad entre la teoría de las representaciones sociales creada por Moscovici y la teoría de la memoria colectiva presentada por Halbwachs, las cuales reconocen los flujos de conocimiento existentes entre los grupos sociales y los individuos que los componen. Sus

teorías dan cuenta de las acciones del sujeto como agente social capaz de crear conocimiento, reproducirlo o diseminarlo.

A manera de Cierre teórico: En coherencia con lo anterior hay que decir, que tanto las representaciones sociales, propuestas por la escuela de psicología social francesa, como las herramientas propuestas por Maurice Halbwachs para el reconocimiento de la memoria colectiva permiten hacer un análisis del cambio social, permitiendo comprender el funcionamiento de las acciones de los grupos sociales y los individuos. Para el caso, de la literatura, la memoria colectiva y las representaciones sociales parten del flujo del conocimiento común, el cual se apoya en los esquemas de pensamiento social, el cual está dotado de categorías que jerarquizan las acciones en torno a la axiología propia de cada sociedad. Para la socióloga Mexicana Martha de Alba-García:

“Las representaciones o la memoria como procesos mentales complejos, tales representaciones o recuerdos estarán anclados en el mundo sociocultural en el que realizamos nuestras investigaciones. Dado que tanto Halbwachs como Moscovici desarrollan sus constructos teóricos con base en las ideas de Durkheim sobre las representaciones colectivas, podemos suponer que la memoria colectiva es una forma de representación social construida desde el presente por individuos y grupos. Sin embargo, ambos autores se alejan del determinismo sociológico de Durkheim al otorgar, al sujeto que recuerda, cierta autonomía creativa en la construcción de la memoria o de las representaciones”. (De Alba-García, 2015. P. 22).

En este sentido, estos dos conceptos deben ser considerados transversales para dar cuenta de cómo se desarrollan los constructos históricos, psicológicos y sociales de un grupo humano. En el caso latinoamericano se pueden examinar fenómenos como el extrañamiento, el miedo, la violencia como parte de la carga histórica que se establece con determinadas representaciones sociales, heredadas de la colonia. En este punto los referentes teóricos propuestos presentan una línea teórica clara pertinente para los estudios de la memoria y el cambio social.

4 CAPÍTULO 1

4.1 SOBRE *EL CAMINO EN LA SOMBRA*, SU ARGUMENTO, SU CONTEXTO SOCIAL Y SUS PERSONAJES

La novela escrita por el bogotano José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) *El camino en la sombra*, ganadora del desaparecido Premio Esso de Novela en 1963, narra las peripecias que tuvo que soportar una familia boyacense desplazada por la violencia derivada de la guerra civil que se vivió en gran parte del territorio colombiano con la revuelta de 1886 y la Guerra de los Mil Días (1899-1902). La novela se desarrolla entre 1886 y las primeras tres décadas del siglo XX.

4.1.1 Línea Argumental y perfil de los personajes:

La familia García, de origen rural y naturaleza hacendada, debe dejar su hogar tras la muerte de don Antonio García, cabeza de la familia y quien estuvo inmiscuido con las guerrillas liberales que combatieron contra el ejército gobiernista en el oriente del país a finales del Siglo XIX. Durante el periodo de gobierno de Rafael Núñez y en el proceso de teologizar el país. Si bien estos pormenores no son tratados por Osorio Lizarazo de manera abierta, si se aclara desde el principio que la familia tiene una marcada tendencia liberal, ya que el padre que es una figura tutelar hereda sus ideas a la cabeza de la familia Doña Rosario. Desde este punto de vista, el hecho político perfila a uno de los personajes principales.

Como se ha dicho con anterioridad, la historia pasa de manera muy tangencial por los pormenores de la guerra y se detiene con gran virtuosismo en el rumbo que toman, después de establecerse en la ciudad de Bogotá los integrantes de esta familia. Cabe anotar, que la ciudad

estaba en un proceso de transición entre la ciudad de estructura colonial y los procesos propios de la modernización. La apertura hacia industrialización y la primera oleada migratoria debido a las guerras civiles, llevó al establecimiento de nuevos barrios, que se desarrollaron en las antiguas haciendas que rodeaban el casco urbano. (Gutiérrez, 1992). Justo estos nuevos territorios son los que llegan a ocupar personas como la familia García.

En este marco se va desarrollando la vida de los integrantes de esta familia compuesta por la Doña Rosario, viuda de Don Antonio y quien asume las riendas del hogar; Raquel, la mayor de las hijas y caracterizada por su independencia y beligerancia frente al régimen impuesto por su madre; Betulia, retraída y ensimismada; Lucía, bella, inocente e ingenua; Feliciano, único hombre de la casa, adolescente al momento de la muerte de su padre y de naturaleza cándida; y Matilde, sobre quien recae el peso del argumento y en torno a quien se entreteje la obra al ser víctima de numerosos vejámenes por parte de esta familia, marcada por la violencia y cuyos integrantes la ejercen en contra de esta mujer adoptada y endosada a la servidumbre por obra y gracia de sus orígenes y la manera inusual en la que se integró al núcleo familiar.

Esta familia monoparental representa los valores tradicionales del liberalismo radical y se enfrenta con los elementos propios de la cristianización de la cultura y la concepción centralista de la ciudad. En este sentido, en la novela se contraponen dos identidades culturales: la de la ruralidad y la de la ciudad, las cuales dialogan dando forma a vida material y cotidianidad de los hombres y las mujeres, de esta casa. La presencia de servidumbre, también es símbolo de un pasado colonial, en el cual la explotación y la opresión son formas de mantener un estatus de distinción. De ahí que el peso de la novela recaiga en las relaciones que se construyen a través de esta práctica.

La representación de Matilde como la niña en condición de vulnerabilidad establece la línea argumental. La llegada de ésta a la familia cuando aún tenía un par de meses de nacida, señala como un hito en la historia de la familia. Su total estado de indefensión, así como su apariencia marcada por los síntomas de viruela, causa gran revuelo en las mujeres García que dormían en medio de la noche bogotana en la única habitación con muros levantados hasta ese momento. Las mujeres, bajo la custodia de doña Rosario, aguardaban el regreso de Feliciano, por esos días adolescente y quien había salido temprano de casa:

“El llanto de una criatura perforó la noche, se extendió en ecos a lo largo de las colinas y sobre la mesa siniestra que fingían los hornos del tejar vecino llegó hasta los tímpanos de las mujeres que dormían, apelotonadas por el frío nocturno y la insuficiencia de abrigo en el aposento de la casa que apenas se empezaba a construir. *El camino en la sombra*” (Osorio, 2013. p. 7).

Los elementos narrados en esta escena, establecen de hecho varias situaciones en la descripción de la familia, desde las condiciones materiales hasta el modelo matriarcal, el cual se establece desde el inicio de los diálogos. Por la descripción desarrollada por Osorio Lizarazo, se observa que habían dejado a Matilde en la puerta de la casa ubicada en una empinada calle en las proximidades de la Iglesia de Las Nieves, cerca de los cerros orientales que custodian la ciudad, arriba de la Carrera Séptima a la altura de la calle 20. Aunque por aquellos días no existía dicha nomenclatura. La ciudad crecía lentamente, sin mayores pretensiones, al ritmo de la migración proveniente de todo el país, engalanada por ostentar lo mejor de estas tierras al ser el epicentro de la política, la economía y el conocimiento. Se debe entender aquí que las dinámicas demográficas de finales del siglo XIX y principios siglo XX, significaron, el aumento de la población inicial por diez a lo largo de la centuria, con lo cual fenómenos como la marginalidad y la pobreza, irían creciendo paulatinamente. Para Michel de la Rosa y Germán R. Mejía, la migración hacia las grandes ciudades, movimiento que se vio impulsado por políticas gubernamentales y por los

modelos de desarrollo del capitalismo colombiano, trajo consigo la aparición de fenómenos como la indigencia, ya que el crecimiento poblacional y la carencia de recursos y políticas públicas no contuvieron este fenómeno. (De la rosa y Mejía, 2014). Por otra parte, se establece una mirada sobre la pobreza y la marginalidad, que es coherente con la visión cristiana. La Bogotá de los albores del siglo XX, era la capital de un Estado que tenía un matrimonio indivisible con la iglesia, por lo cual el papel de acción de esta frente a los pobres, era bastante importante, como lo refiere en su estudio sobre los artesanos en Bogotá el historiador Alberto Mayor Mora (1997).

Desde esta perspectiva, afirmar que Colombia se convirtió en un país urbano significa que dicho cambio se operó, pero a partir de unas particularidades que mantenían a la sociedad atada a su pasado colonial y a su vez marchaba hacia la industrialización. En la descripción de Osorio Lizarazo se ve el ritmo del crecimiento arquitectónico de la ciudad.

“También por los lados del Panteón las casas aumentaban. Ya se habían construido unas cuatro o cinco en una sola cuadra, que era muy larga por no haberse abierto oportunamente la carrera transversal y, lo mismo que por la Calle de los Tres Puentes, la ciudad pretendía escalar la colina. Para salvar la barrera que constituía el colérico río San Francisco, que corría en lo profundo de su cauce, se estaba haciendo un puente de cal y canto, cuyo atrevido arco cautivó la atención de los bogotanos durante algún un tiempo, cuando quedó terminado y exaltó su satisfacción progresista”. (Osorio, 2013. p. 30).

Los espacios (públicos o privados) son descritos en la obra en una constante transformación. En este sentido, son percibidos de manera diferente a lo largo de la novela, por quien los habita o usa. Un lugar que ha sido habitado no es inerte, su espacialidad trasciende lo físico para convertirse en reflejo de sus residentes. Por ende, ese tránsito en sus relaciones, afectivas y de poder, entre integrantes de la sociedad se evidencian en la construcción física de la ciudad y de la casa.

En la construcción de la vida familiar se presenta el recuerdo de don Antonio, quién dejó a su familia a merced de sus detractores. En vano había tratado de levantar de nuevo la hacienda al regreso del monte. Su cuerpo no resistió las interminables jornadas y su pensamiento se doblegó ante el desprecio de los mismos que le sirvieron de vecinos y empleados. Habían sido gente respetada en el pueblo por cuenta de los prósperos negocios agrícolas que les prodigaban grandes dividendos, sin embargo, a los sobrevivientes no se les perdonó que su padre y esposo se hubiera enredado con las guerrillas liberales.

Estas acciones cambiaron profundamente las relaciones entre las estructuras de poder o de género, en la familia, la movilidad de ésta en el entorno social y urbano. En este texto de Osorio Lizarazo se nos presenta como objeto de reflexión sobre la construcción de la identidad bogotana, la familia y la filiación política del siglo XX. En esta medida del abandono de las tierras boyacenses, las cuales eran prodigas en recursos. Generaron en Doña Rosario, el deseo de lograr una estabilidad que no les habían permitido, el ala conservadora del pueblo. El despojo de su terruño y el hostigamiento inmisericorde de aquellos que habían sido por años sus amigos, lleva a que por el miedo, pero con la valentía que le exigía el tener bajo su cuidado el futuro de sus hijos, doña Rosario se arme de valor y con el dinero de la venta de parte de la casa familiar, tome sus valijas y con sus hijos a cuestas vaya hacia la capital, lugar donde sus miedos serían reemplazados por otros y donde sus vidas cambiarían para siempre.

“El odio frente a los que habían desencadenado el monstruo de la revolución persistía en todos los corazones y don Antonio vio frustrados sus esfuerzos por la animosidad con que se veía perseguido en la aldea que habían elegido sus antepasados como residencia y donde habían plantado la casa solariega”. (Osorio, 2013. P. 45).

Habría que imaginarse el miedo que tuvo que experimentar doña Rosario al llegar a Bogotá, cargada con la angustia de quien no conoce y no tiene la certeza para donde va. Como muchos en

Colombia, debía empezar de nuevo por cuenta de la guerra, de la confrontación que siempre ha privilegiado la fuerza por encima del diálogo. En este sentido, las guerras permitieron cierta movilidad social constante hacia las ciudades, pero también se pudo percibir una frecuente desconfianza entre los diversos sectores de la sociedad. De ahí que la jerarquización social, esté dada por los hábitos culturales y sociales de la población diferenciando la elite urbana, de la elite rural. No obstante, quienes detentaban el poder, fueron cambiando sus prácticas sociales dejando de lado la ruralidad y estableciéndose gradualmente en los esquemas urbanos. Situación que para la familia García fue compleja, pues al quedar en situación de vulnerabilidad, también les fue difícil comprender las dinámicas sociales a las que se enfrentaban. En las guerras se evidenció el enriquecimiento continuo y progresivo de unos pocos y la inmensa miseria y el dolor de los demás. La guerra ahondó más las diferencias sociales. Los ricos de las ciudades vivían mejor que nunca. Los pobres vivían peor que siempre, pues los alimentos subían día tras día. De hecho debieron asumir una nueva forma de trabajo donde las mujeres eran parte de la economía a partir de la cocina familiar.

Las mujeres que contribuían al presupuesto del hogar, debido a estrecheces económicas, en cuyo caso se dedicaban a la modistería, la culinaria, y la confección de trajes y platos para fiestas o veladas a damas acaudaladas. Las mujeres pertenecientes a estratos bajos de la población, o a minorías negras o indígenas, tenían que trabajar desempeñando oficios tales como el servicio doméstico, lavado y planchado de ropa, de aguateras, o expendedoras en el mercado. La clase popular que se encontró en las ciudades, era analfabeta casi en su totalidad.

En este contexto la familia García se procuraba un espacio en la sociedad bogotana a través del comercio. Consiguieron un local comercial en una de las vías más concurridas por transeúntes

para ofrecer en venta diferentes manjares preparados bajo la acuciosa tutela de doña Rosario y adquirieron un puesto de venta de productos tejidos en lana para el frío en la Plaza de Mercado. La venta de dulces y víveres quedó a cargo de Betulia, quien por su carácter taciturno y desinteresado se plantaba perfecta para un trabajo requirente de gran paciencia, mientras que la venta de tejidos le correspondió a Feliciano, que a esas alturas y como consecuencia de su timidez parecía decantarse por el fracaso y la pereza.

“Feliciano no demostraba vocación para emprender en nada útil. Ya tenía como veintitrés años y no se había ganado el primer centavo. La ridícula pretensión de convertirse en un doctor sacramental lo había echado a perder más aún, pues estaba en la flor de la vida y si viviera en el campo sería un buen amansador de potros, por ejemplo”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013. p. 154).

Lucha aparte era que la que tenía que padecer Matilde. Entendida como una carga durante sus primeros años, fue víctima de la ira de cada uno de los integrantes de la familia. La única que no tuvo que ver con su humillación fue Betulia, quien fiel a su estirpe desganada se apartó de las costumbres de sus familiares y solo dejó que el infortunio de la recogida siguiera su cauce sin musitar palabra. El testimonio de los maltratos a los que fue sometida la pequeña se demarcan con cruel maestría en las líneas de Osorio Lizarazo, quien desde su pluma logra describir con siniestro detalle aquella atmosfera violenta e inhumana a la que fue sometida y la que marcaría el adiestramiento que recibió esta niña. Las palabras pintan el cuadro de horror vivido por la protagonista de la historia:

Para el historiador Jorge Orlando Melo, este periodo se caracteriza por:

“En la Bogotá del siglo XVIII o XIX, quien tenía dos o tres indias en casa mostraba que era gente distinguida, que tenía tierras o fincas que producían, además de papa o maíz, indias de servicio. Hoy, el mapa del servicio y del prejuicio tiene que ver con la opresión colonial: en Antioquia, donde los indios se acabaron y llegaron los esclavos, las sirvientas son negras, y el insulto es llamar a alguien negro. En el sur, el centro y el oriente, donde

hubo encomiendas, la servidumbre tiene cara de indio y según Virginia de Pineda, las "muchachas" debían iniciar sexualmente a los adolescentes y atender al jefe del hogar si la esposa se ponía difícil.” (2013)

La violencia relatada por Osorio Lizarazo es mucho más fuerte, que lo recogido por Jorge Orlando Melo, pues la “muchacha” era violentada como una forma de mantener el estatus social, desde una teoría de la psicología quién golpea a otro, demuestra dominio y propiedad sobre éste. La apropiación del cuerpo de Matilde, por parte de los miembros de la familia los hacía sentirse mucho más fuertes, la frustración proveniente de quienes habían perdido una posición era descargada con furia sobre esta.

“La llevaban al solar y la tiraban al suelo, donde sus excrecencias lograban un lodo que se le pegaba en el rostro deforme y mutilado. Se dormía sobre la bazofia y todos se olvidaban de ella hasta que despertaba a llorar. Lucía o Raquel la recogían con furia, la golpeaban y cumplían con fastidio las órdenes de la señora Rosario de darle algunas cucharadas de mazamorra o unos sorbos de agua de panela”. El camino en la sombra (1964, p. 32).

En la dimensión social, existe una representación de la muchacha a través del Pathos Colonial. En el cual los amos y los siervos, están determinados por una sociedad de castas, en la cual el racismo había y la jerarquización había dado luz a términos como “patoja”, “muchacha” e “india”. En efecto, Matilde creció y se hizo mujer bajo la sombra de la violencia ejercida contra su persona. Los García, víctimas del desplazamiento, solos en la ciudad, parecían mansos campesinos apesadumbrados por el destino que les escupía en la cara sus raíces, pero al tiempo destilaban todo su odio e impotencia contra la pobre criatura. En este sentido, su presencia sirvió de esponja receptora de los miedos de todos. Como si su daño físico y mental sirviera de catarsis para exculpar el pánico que vivían a diario.

“Jamás hubo una blandura frente a su orfandad. Cuando apareció sobre la tierra, en el umbral de aquella casa, no era sino un animalito. Y como iba creciendo y debía acostumbrarse a no hacer daños ni a mostrarse descuidada, sino acuciosa y diligente, la señora Rosario la encontró que eran insuficientes los castigos a mano limpia y que era tiempo de aplicar más estrictas sanciones cuando cometía algún desliz o se mostraba incapaz de realizar cumplidamente lo que se le mandara”. (Osorio Lizarazo, 2013. p. 34).

La historia da un giro con la aparición de un nuevo personaje. Se trata de Rigoberto Ramírez, caballero de noble estirpe santafereña, con un perfecto decoro y una tradición según palabras del mismo Osorio Lizarazo. Aquel misterioso hombre se convertiría con el paso de las páginas en el pretendiente y posterior novio de la señorita Lucía.

“Cierta petimetre de bigotes erizados en petulantes guías, de pantalón angosto y bastón flexible, cuyo saco de breves solapas se abotonaba hasta cubrir la ancha corbata de plastrón, empezó a estacionarse por las tardes en la esquina de El Pato de Oro donde la calle San Cayetano se cruzaba con la de los Tres Puentes y se ponía a mirar con insistencia hacia la casa”. (Osorio Lizarazo, 1964. p.49).

Su presencia provoca grandes cambios en la familia, generando gran rechazo por parte de la señora Rosario, quien ve en él una gran amenaza para la castidad y nobles destinos esperados para su bella hija y, por otra parte, una enorme influencia sobre Feliciano que encontrará en su compañía y aparente complicidad un aliciente para emprender nuevas iniciativas. Tan grande fue el traumatismo provocado por el señor Ramírez en esta familia que terminó embarazando a Lucía, en medio del pecado de consumación previa al matrimonio y con el agravante de su partida hacia tierras costeras por cuenta de proyectos laborales con el Gobierno. La partida de Rigoberto fue una gran tragedia para Lucía.

Se debe recordar, que para la época esto era una situación irregular y que para una familia que buscaba el ascenso social, era un trastabillo no muy bien visto, en este sentido el problema de

la ilegitimidad era una macula que ponía en riesgo la posición. Como lo menciona Ximena Pachón:

“Los hijos naturales, por su condición, solían rechazarse de los centros educativos, del ejército y del sacerdocio, convirtiéndose en un problema para los padres y se constituían en una vergüenza para la sociedad. El contacto con ellos era pecaminoso y vedado para los “hermanos legítimos” y para los “hijos de hogares legalmente constituidos”. (Pachón, 2007, p.147).

El nacimiento del primogénito de Lucía, engendrado en el pecado por no estar cobijado por un hogar bendecido con el sacramento del matrimonio y mancillado por el infortunio del abandono de su padre, trajo nuevos aires para la familia, provocando el afloramiento de inéditos sentimientos de amor por la nueva criatura, pero que en definitiva repercutirían más adelante en nuevas desventuras para para Matilde:

“El hondo rencor que carcomía el alma se tornó de súbito en misericordia y amor, cuando vio al pobre ser que se había arrancado de la entraña adolorida de su hija. No se atrevía a hacer manifestaciones de una ternura que hubiera parecido complicidad, porque era necesario prologar cuanto fuera posible la justicia de su enojo. Pero en el fondo de su alma sin que ella misma se diera cuenta, se operó la transformación de su sentimiento”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013. p. 81).

No solo se trataba de una persona más para cuidar, alimentar y servir, sino de un referente con el cual sería comparada y humillada de forma recurrente por el resto de la historia. Las cosas empezaron a cambiar cuando una tarde, varios meses después del nacimiento del hijo de Lucía, regresó Raquel a la casa:

“Llegó alborozada. Cargada de canastos con frutas, se lanzó en los brazos de su hermana y de su madre que trajinaban en la cocina como siempre”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013. p. 81).

Feliciano, meses atrás, le había contado sobre la noticia del nacimiento del niño. Raquel deseaba conocer a su sobrino por lo que había empacado maletas y dejado temporalmente el municipio de La Mesa, Cundinamarca, para retornar a la capital. Pronto la noticia del niño quedó atrás: Doña Rosario quería saber sobre el único varón de sus hijos. Raquel fue tajante al contar a sus familiares que Feliciano abandonó la casa buscando nuevos bríos. Quería demostrar que podía valerse por sí mismo para lo cual cogería rumbo hacia tierras desconocidas en Santander, dejando la promesa de solo regresar cuando “fuera algo” volverían a saber de él. Obedecía este comportamiento a una exigencia social de la época. No podía durar mucho tiempo sometido al control de Doña Rosario, Feliciano debía graduarse como hombre, lejos de las faldas de su madre. La conclusión, aunque categórica, fue lapidaria para la señora de la casa de los García.

Todo parecía indicar que aquellos tiempos de guerra habían quedado atrás. El ruido de fusiles hasta ese momento era un vago rumor que se diluía con el paso de los días. La familia ocupada en el desarrollo de su incipiente negocio, la crianza del nuevo integrante y la reconstrucción de su abolengo, parecía no tener forma de que la tragedia volviera a su hogar. Algo similar parecía sucederle a Matilde. Aunque aún estaba presente el maltratado y el menosprecio, esa había sido su realidad desde los primeros días de su vida. Su cotidianidad entre las labores de la casa y los cuidados al hijo de Lucía, empezaban a dotarle de cierto espacio en la casa que le empezaba a resultar acogedor. Finalmente, los momentos de crueldad y de miedo, eran parte de lo que le habían hecho creer que se merecía por su origen inferior y su fealdad. De esta manera, en medio de la tranquilidad, la ciudad había acogido a esta familia desplazada, que a su vez había recibido a Matilde enferma a punto de morir durante los primeros días de vida. Sí, todo parecía estar tranquilo. Los conflictos se reducían a aquello que podía perturbar a cualquier familia de la

época o ese parecía hasta que en la casa irrumpieron las fuerzas del Gobierno en busca de Feliciano y el resultado de sus andanzas por tierras de Santander:

“Sometieron a la señora Rosario y a Lucía a estrechos y pertinaces interrogatorios. Ellas insistían en su ignorancia sobre el ausente, de quien no habían recibido una simple misiva en los últimos años transcurridos. Pero el Gobierno tenía que tomar precauciones y una de ellas consistía en la obstinación de la vigilancia sobre los sospechosos de conexión con la revuelta y en desarrollo de esta prudencia los entornos de la casa y las proximidades de la tienda fueron custodiadas por sicarios y policías, que no se preocupaban por disimular su función de espionaje y persistieron en ella a pesar de los infructuosos resultados”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013. p. 109).

Tanta atención por parte del Gobierno no era gratuita. Según se conoció, Feliciano figuraba como uno de los cabecillas que lideraba la revolución en Santander. Al parecer se le vinculaba también por la fama que tuvo su padre como antiguo revolucionario durante las revueltas liberales de 1886, que precedieron la guerra de los mil días. Este nuevo señalamiento trajo nuevas tragedias para la familia y una nueva ola de miedo que marcaría sus vidas. Por cuenta de las andanzas de Feliciano, el Gobierno confiscó los ahorros que celosamente guardaba Doña Rosario a la espera de mejores épocas. Por aquella época, se decretó que las familias de los revolucionarios debían apoyar el mantenimiento de la institucionalidad, así que todos los que fueron señalados, tuvieron que pagar tributo. También hubo consecuencias particulares. Raquel, la que hasta el momento era la que había superado con mayor destreza el yugo del desplazamiento y la nueva vida en la pobreza en la ciudad, perdió su trabajo y con ella todas sus distinciones. No obstante, Raquel pudo conservar para sí algunas amistades, que nuevamente aportarían a su capacidad de resiliencia: el párroco de La Mesa, quien la recomendaría con el cura de Zipaquirá. Las recomendaciones sumadas a otras influencias que había ganado de su época laboral, le sirvieron a Raquel para obtener un documento con sellos oficiales en el que se daba fe del saqueo del que había sido víctima la familia. Como se ve, el poder de la Iglesia católica aún era importante en el país.

“Los afectos de la señora Rosario hacia su marido, el resentimiento por la ruina que había producido la persecución posterior a su muerte y esa firmeza de la definición partidista que ha sido tan indispensable en Colombia, producían penas y los temores que desgarraban su corazón. Don Antonio había sido, en realidad, un heroico soldado, que dio su hacienda y su vida por los ideales que consideró legítimos, que dejó a su familia en graves dificultades por causa de estas convicciones, su sangre luchadora se prologaba a Feliciano, que después de parecer un inepto y un incapaz, había mostrado coraje suficiente para transitar sobre su huellas”. (Osorio, 2013. p. 112).

Tras dos meses y medio de lucha armada en el campo y presión en las ciudades, el Gobierno logró neutralizar el intento revolucionario. Parte del dinero confiscado fue devuelto a las García producto de la intervención de Raquel y sus influencias en algunas esferas del poder público y cuando todo parecía restablecerse, apareció en la puerta de la casa un hombre escuálido de frondosa barba. Feliciano había regresado:

“La señora Rosario lloraba silenciosamente, asfixiada en su gozo. Contemplaba las crecidas barbas y la postura marcial de su hijo, luego miraba la ruana que pendía de los hombros y el ancho sombrero de jipijapa. Parecía absorta en confirmar la real presencia antes que un terrible despertar la convenciera de que se había engañado. *El camino en la sombra*” (Osorio, 2013. p. 116).

Feliciano contó a sus familiares sus aventuras y la forma cómo se había vinculado a la revolución. Estando en la ciudad de Chiquinquirá, que para ese entonces se conocía como la ciudad sagrada, escuchó de que el general Ramón Neira tenía planes de apropiarse del cuartel donde se almacenada la munición conservadora. La noticia le llegó a manera de invitación y buscó la forma de enrolarse en las filas guerrilleras. El plan indicaba que la ocupación debería coincidir con varias acciones bélicas en diferentes partes del país. La campaña fue un éxito, por lo menos en Chiquinquirá, donde los rebeldes se hicieron al control tras una noche de sangriento combate, del cual salió ileso Feliciano. Entonces la ciudad se convirtió en el centro de mando de la insurgencia. De todas partes del país empezaron a llegar cientos de hombres queriendo sumarse al ejército de insurrectos. Para ese momento la fortuna le sonreía al hermano de las García, al punto de que

convertido en un ejército el grupo de rebeldes, el general Neira nombró a Feliciano como capitán, distinguiéndolo por su compromiso y bravura a la hora del combate. Pese a haber logrado conquistar todo el departamento de Boyacá, el Gobierno contrarrestó el ejército de sublevados y los derrotó en la batalla de La Cruz Colorada, haciendo que el general Neira, su capitán Feliciano García y los demás sobrevivientes huyeran hacia Santander. Allí se unieron al ejército rebelde, pero antes de emprender una nueva batalla fueron atacados por las fuerzas gobiernistas, dejando en la sombra el vigoroso ejército de Chiquinquirá y capturados o muertos sus principales cabecillas. El único que se salvó, según su propio relato, fue Feliciano que ahora relataba sus hazañas de guerra a sus sobrecogidas hermanas y a su adolorida madre.

La estancia de Feliciano en la casa no duró mucho. No pasaron dos meses para que el capitán García se alejara de la casa nuevamente en busca de nuevas correrías. Cuando se volvió a saber de él, ostentaba el título de Coronel y comandaba un ejército de rebeldes en inmediaciones del municipio de Une en el departamento de Boyacá. Las noticias llegaron por intermedio del sargento Jacinto Rojas, quien fue encomendado por el mismo Feliciano para entregar la versión de los hechos a las integrantes de la familia García, haciéndose pasar por carbonero para no levantar sospechas de las fuerzas gobiernistas.

“—Entonces dígame a nuestro hermano y a todos que cuenten con nosotras; que sabemos cuánto han hecho; que sentimos la más viva admiración por el general Romero; que reuniremos lo que podamos y de alguna manera les haremos saber cuándo sea tiempo. Todas estamos muy bien”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013. p.146).

La energía de Raquel puesta al servicio de la revolución, terminó por involucrar a todos los miembros de la familia en una guerra que ya habían entendido como ajena. Como las familias de los revolucionarios eran vigiladas de cerca por los agentes del Gobierno, Matilde se convirtió en

parte fundamental para poder articular la resistencia revolucionaria, comandada por Raquel, desde la ciudad de Bogotá.

“Había sido colocada en la tierra para ser sumisa, insignificante e impersonal. Toda su vida, desde su nocturna aparición en el portal de las Garcías, sería un sacrificio perpetuo, un camino escarpado que solo tendría fin con la muerte”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.149).

Con la muerte de Feliciano, la señora Rosario perdió el entusiasmo y las ganas de vivir, por lo cual en la novela ocurre un relevo generacional presente en la figura de Raquel, quien se empodera como la matrona de la familia. Esta situación llevó a la paulatina legitimación del hijo de Lucía, pues Raquel concibió una estratagema en la que, con algunas modificaciones hechas a la biografía de su hermana, el luto por la muerte de Feliciano fue aprovechado para hablar de la supuesta viudez de Lucía y así traer con beneplácito al seno familiar a Juliancito.

“Con la agitación de la guerra, Lucía había aprendido a vestirse mejor secundando las iniciativas de Raquel y había asumido en serio su respetable posición de viuda, víctima de los ideales revolucionarios que quebrantaron con la muerte los vínculos fraternales y conyugales. Con frases hábilmente deslizadas, Raquel había condicionado la biografía de su hermana en beneficio común, esta circunstancia la rodeaba de consideraciones sociales, le imponía deberes que cumplir y modificaba fundamentalmente el ambiente inicial de la casa. (...) Los cuidados y deberes de cada una, la creciente inutilidad de la madre, se multiplicaban con la cantidad de atenciones que reclamaba el niño. Juliancito abandonó el colegio donde había permanecido interno, no sólo por su propia conveniencia, sino por el temor de su locuaz precocidad, lo cual podía llevar a que sin quererlo denunciara las actividades clandestinas que se llevaban a cabo en la tienda”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p. 244)

Con la recomposición de la vida cotidiana, pasada la revolución, la familia fue tomando un nuevo rumbo. No obstante la vida de Matilde siguió siendo la misma, excluida y víctima de las vejaciones de las hermanas García. Debía ahora aguantar las pataletas de Juliancito, cada vez más frecuentes y violentas, quien al visitar el negocio familiar amenazaba con improperios a “la huérfana”. Los hechos hasta aquí acaecidos demuestran los cambios en la composición y estructura

familiar de los García; sin embargo, los vínculos amos servidumbre y el pathos colonial seguían vigentes en el comportamiento de Juliancito:

“Y el pequeño déspota acentuaba sus atropellos, protegido por esta impunidad, la maltrataba, le tiraba piedras cuando la veía por la calle, la castigaba con un palo. Ella tenía que soportarlo todo con resignación. Debía disimular los desmanes del pequeño monstruo para quien siempre había una frase amorosa y un ademán admirativo”. *El camino en la sombra* (Osorio. 2013,p. 248)

El comportamiento de las García frente al niño denota un complejo sistema de valores en el cual la búsqueda por una figura masculina capaz de suplantar el espectro de don Antonio García, lleva a la complacencia con la que veían las hermanas cualquier tipo de acción realizada, primero por Feliciano y luego por el joven Julián. De ahí que se observe un predominante constructo ideológico patriarcal, que contrasta con la fuerza de carácter demostrada por las mujeres en otros contextos y con otras personas. Repitiéndose así los círculos del abandono. En la historia se narra el abandono de la casa por parte de don Antonio, posteriormente Feliciano y por último de Julián, quien dejó la casa familiar en turbias circunstancias que apuntaban a que se había convertido en un bandolero y que además aparecía cada cierto tiempo haciendo exigencias económicas a su madre y sus tías.

“Julián acabó por desaparecer prácticamente de sus vidas. Venía muy de cuando en cuando a exigirles dinero y cuando el crecimiento de la codicia les confería valor para negárselo, les pegaba y rompía los muebles y cometía otras violencias. Se producía un gran escándalo, que atrajo algunas veces a la policía, porque ellas se ponían a gritar pidiendo auxilio y Raquel tuvo que obtener un apremio con fianza para que el miserable las dejara en paz”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013p.274).

Lo expresado en este fragmento va determinando la forma en la que se van estableciendo las relaciones familiares. Sumado a lo anterior se observa el decaimiento de Lucía y Betulia, la

primera enferma de los nervios por los excesos de Julián y la segunda, por fiebres reumáticas que la aquejaban. Estas circunstancias dieron mayor libertad a Matilde que tuvo que hacerse cargo del negocio de la casa ya que Raquel tenía que ocuparse de otras cosas en la casa y no tenía el visor dirigido a las acciones de la “muchacha”. Doña Rosario había muerto apaciblemente en el amanecer y a la cada la estaba poseyendo paulatinamente la decrepitud. La hermana mayor había tomado el comando del dinero.

“La muerte de la señora Rosario estabilizó un ambiente tétrico en la casa. Primeramente, un sincero dolor amortiguó todas las actividades y más tarde cuando comenzaron a salir de la pena, cuando se hubieron familiarizado con la ausencia definitiva de la anciana, sintieron con mayor ahínco la pesadumbre de su soledad”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.289).

Nuevamente las hermanas la tomaron con “la huérfana”. Cuando evocaban los acontecimientos externos que rodearon la muerte de la señora Rosario, tuvieron siempre frases de censura contra Matilde, la india desgraciada y miserable que ni siquiera había soltado una lágrima ante el cadáver de su protectora, que fue para ella mejor que su desconocida madre (...) Sin embargo ninguna de sus señoras se había ocupado de los gastos del entierro. Fue Matilde quien organizando los dineros de la tienda empezó a atormentarse con la deuda y el desequilibrio, obtuvo algunos créditos en el mercado y más o menos salió adelante sin detrimento para la supervivencia de la tienda.

La decadencia de la familia fue acentuada por la codicia y el egoísmo de Raquel, quien no ayudaba con las finanzas familiares y acumulaba para sí todo lo que pudiera. Fue tal el estado de descomposición familiar, que las otrora entrañables hermanas sintieron desconfianza entre sí. La primera en partir por la enfermedad fue Betulia, no obstante Lucía y Raquel precipitaron su muerte hostigándola para que revelara dónde estaban las escrituras de la casa y los demás bienes que pudo

tener doña Rosario. Los motivos que tuvieron ambas fueron diferentes, Lucía por su parte buscaba con el dinero reconvenir a Julián al seno familiar, mientras que Raquel buscaba asegurar su vejez y consolidar su posición de poder en la familia. Nuevamente los gastos del entierro recayeron sobre el negocio familiar, pero los buenos oficios de Matilde esta vez no fueron suficientes para saldar la deuda. Las esperanzas de Lucía se fueron al traste, al saber que Julián posiblemente estaba en Los llanos perseguido por la policía y que meses después se encontrarían en la frontera con Venezuela unos cadáveres anónimos, entre los que posiblemente estaba el de él. Esta situación llevó a Lucía a la locura y aunque Raquel en un principio trató de ayudar a su hermana buscando un médico local que la atendiera; sin embargo al ver que sus esfuerzos eran infructuosos:

“Raquel decidió que no podía pasarse el resto de su vida cuidando a su hermana y gastando plata en atenderla acabando tal vez por sostenerle una enferma permanente. Lucía se insubordinaba furiosamente cuando se le quería impedir la salida a la calle, donde provocaba escándalos cada día mayores. Y la relajación total de sus sentimientos quedaba comprobada en el hecho de que nunca volvió a preocuparse por su dinero, y olvidó la presencia del armario donde lo guardaba tan amorosamente y no se dio cuenta de que Raquel lo pasaba a su depósito y empezaba a liquidar todos los documentos de empréstitos que estaban a nombre de su hermana. Poco después decidió encerrarla en el manicomio con la aprobación del médico. La menopausia se había presentado con agudos carácter y un fondo de ansiedad sexual insatisfecha la hacía perseguir hombres en la calle, invitándolos a acompañarla con gestos obscenos”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.315).

La soledad y el egoísmo que poseían a Raquel fueron aumentando su decrepitud. Murió en la trastienda familiar después de haberse adueñado de la fortuna. Uno pensaría que la suerte de Matilde mejoraría con la desaparición de la estirpe de los García; sin embargo fue llevada al asilo de mendigos de Sibaté, pues el mismo doctor que certificó la muerte de Raquel, sostuvo que no sobrevivían herederos y el estado implacable se quedó con la tan atesorada fortuna.

5 CAPITULO 2

5.1 LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DEL MIEDO EN *EL CAMINO EN LA SOMBRA*

Uno de los elementos fundamentales en la presente interpretación es la representación social del miedo, no obstante se debe recordar lo expuesto por Jodelet () quién afirma la coadyuvancia e interrelación de las representaciones sociales. Con esto a lo que se apunta es a la relación que existe entre el miedo y otras categorías de la representación social. En este sentido, se observara el creciente protagonismo del miedo en la novela, presente en las relaciones familiares y en la concepción del pathos colonial, que se proyecta en el lazo siervo–amo, presente en la novela. Por otra parte, se quiere exponer como en las ciudades se ha posibilitado la emergencia y difusión de representaciones los cuales están asociados a la inseguridad, el riesgo y la violencia. En esta medida, en el presente texto se analiza las condiciones, situaciones, agentes, procesos y medios que intervienen en la construcción sociocultural de los miedos, y las estrategias sociales en la novela *El camino en la sombra*.

Teniendo en cuenta, lo anterior el capítulo examina los siguientes tópicos: la relación entre campo literario y representación social del miedo, pathos colonial y mentalidad bogotana. A partir de las circunstancias trágicas que sirvieron de contexto para la vida de Matilde la convirtieron en una esclava de la familia García.

5.1.1 El campo literario, la obra de Osorio Lizarazo y las representaciones sociales del miedo

El estudio del campo literario en la obra de Osorio Lizarazo, es de particular interés debido al momento histórico en la que se sitúa su obra. Si bien parte de las reglas del campo literario están dadas por la autonomía, también lo es que parte de la obra debe ser comprendida como una acción enunciativa que devela los estrechos márgenes entre lo estético y lo político. La selección del momento histórico corresponde a la consideración de que esta época se traza como clave para entender los modelos de nación y de ciudadano que se desarrollaron en Bogotá, entre 1880 y 1930.

Cabe anotar que Osorio se caracteriza por utilizar un estilo llano y con tono de denuncia que no busca congraciarse con las clases dirigentes, pero que tampoco idealiza las clases populares, cómo se observa en el siguiente apartado de la novela.

“Ya no se insistía con tanta premura de enviarla al Hospicio porque el mal se desvanecía sin haber dispersado su contagio.-No la mandemos, mamá- dijo una mañana Raquel, cuando la señora Rosario insistía en su intención siempre pospuesta- Ya no nos contagiamos . Puede servirnos más tarde. Una china de estas es siempre muy útil. No es sino que crezca un poco. La criatura vivía como un animalito paciente y parecía tener una conciencia precoz de su insignificancia”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p. 23).

Esta descripción, donde aparece de tajo la indolencia de Doña Rosario y el utilitarismo de Raquel, describe a la perfección los elementos que con contundencia Osorio Lizarazo busca demarcar a través de su narrativa: la infelicidad y la aspereza de un medio en construcción en el cual se observa un discurso que pone el arte en función de la denuncia de la realidad. Cómo lo destaca Gustavo Samper, en una nota biográfica publicada en el diario el tiempo en 1939, Osorio

Lizarazo utiliza elementos propios de sus vivencias para dar forma a un mundo, envuelto por la decadencia y la jerarquización:

“Es quizás una vida un poco dura, pero tampoco ha sido una vida de crueles sufrimientos ni adversidades permanente, como él se complace en presentarla a menudo. De aquí que todas sus codas las haya convertido, por una poderosa transformación intelectual, en un quejido sordo, a veces lento pero siempre sostenido y constante “(Samper, 1939. p.5)

Desde este punto de vista, las prácticas estéticas de Osorio Lizarazo, afines al realismo social al descarnado naturalismo, muestran una vinculación entre el campo del arte y el campo político. En este sentido se encuentra una relación directa con las representaciones sociales, que de la sociedad Bogotana se hicieron en su obra. Cabe anotar aquí que Osorio Lizarazo, tenía gran admiración por autores como Máximo Gorki, considerado uno de los máximos representantes del realismo ruso (Osorio, 1978, p XVII). Es de resaltar que la admiración del colombiano sobre este autor, le ayudaría a describir el patetismo social de las clases medias rurales, las cuales se fracturaban identitariamente entre el arribismo y las prácticas cotidianas de la ruralidad. Cómo se puede observar en el siguiente fragmento.

“Apenas pudo sostener en sus bracitos trémulos la pesadumbre de una cesta, tuvo que seguir a su señora Rosario o su señorita lucia cuando iban al mercado principal de la concepción, los días que debían adquirir las frutas y los demás elementos para las manufacturas domésticas. Antes conseguían alguna mujercilla que llevaba los canastos y los costales vacíos y los traía colmados hasta aplastarse las costillas. Pero ahora la expósita, tan diminuta y débil, se vio obligada a trotar detrás de sus amas, con los pies comidos por las niguas, para llevar las vasijas, ayudar a empacar las cosas”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013 p.37)

Dicha descripción, permite construir a Osorio un lugar oscuro capaz de poner sobre los hombros del que lee su historia, un infinito desprecio por los personajes de la casa y de entender el asco como construcción social que envuelve y define el ser de Matilde en el mundo predominante en la condición de Matilde.

Esto se refuerza claramente con lo expuesto por el propio Osorio Lizarazo en entrevista recogida por Santiago Mutis, donde explica la concepción del arte y de la literatura:

“En la época presente las expresiones tienen que cumplir una función social. Ahora no es el tiempo en el que el arte o la novela, tienen como objeto halagar la imaginación de los públicos. Tiene que dirigirse a la inteligencia a la revelación de los públicos. Tiene que dirigirse a la inteligencia, a la revelación de los propios males a la interpretación de las angustias colectivas, de los anhelos comunes por la justicia y la paz. Mas para hacer obra perdurable es necesario haber vivido. Vivir es padecer. Es decir la sensibilidad del escritor solo debería responder al sufrimiento”. (Mutis, 1998, p.14)

Para este caso, el campo literario, presenta un problema dialógico de doble vía en el cual se establece la literatura como una práctica de elite y a su vez, como reflejo de lo popular. La escritura de Osorio Lizarazo, nos permite reconocer esta dicotomía en la proyección de las relaciones de clase. Por lo cual, se observa una dinámica del lenguaje, donde se describen las acciones de una manera objetiva, tratando de dar cuenta de un conocimiento social sobre el contexto. Osorio Lizarazo pone en juego aquí dos tipos de capital cultural, el de la literatura y el de la sociedad tradicional jerarquizada. Esto se muestra claramente en un apartado, en el cual Raquel quién intenta subir de posición social, prepara una estratagema para cubrir el desliz de su hermana Lucia e incluso “disfraza” a Matilde para conseguir que la asciendan del puesto en el que está.

“Pero ¡Esta muchacha está loca vino como la langosta, para acabar con el trabajo de tantos años! ¿Qué necesidad había de tirar la plata así? ¿A quién se le ocurre comprar todo eso? Hasta ropa para Matilde ¿también va a ser una señorita? – si es que le duele tanto mamá no se apure, que yo se lo devolveré todo. ¿su merced cree que voy a quedarme enterrada en La Mesa y que no aspiro a un sueldo muy alto? Yo apuntaré cuanto me dio, que se lo devolveré. Hasta la india esta tiene que estar bien cuando sirva el chocolate y los refrescos. (...) La recepción en una sala con flamante mobiliario, con paredes empapeladas de floripondios y angelitos. Lucia trataba de no mostrar cohibida, pero no sabía cómo responder y se daba cuenta de no era sino una salvaje, En tanto, Raquel se portaba con una gran desenvoltura”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p. 154)

Osorio Lizarazo, presenta en su texto la lucha del campo cultural en la cual se presentan agentes autónomos y heterónomos. Pasando por las relaciones de poder que se dan en el ámbito político. El ámbito doméstico y en las relaciones de género. En este sentido las relaciones de dominación se manifiestan en el texto en las representaciones del miedo donde los agentes dominantes, ejercen poder sobre los dominados. Se presenta así una jerarquización de los agentes al interior del texto. Por un lado, están quienes han alcanzado el poder (Doña Rosario y Raquel) y, al ser dominantes y querer conservar este poder, generan la ortodoxia, la tradición. Del otro lado, en la oposición, se encuentran los agentes de ruptura (los hombres de la familia), los pretendientes que anhelan el poder; estos generalmente poseen un mayor capital simbólico, económico y social. Los agentes pobres en capital se dirigen más que todo a las posiciones tradicionales que se encuentran prontas a entrar en decadencia (Matilde, Betulia y Lucia). En el siguiente apartado se muestra estos cambios de posición:

“Y así todo el ambiente se transformaba bajo la influencia de Raquel. Betulia fue sacada también de la tienda, acompañó a Lucia y Raquel a visitar a las Alcazar y a otras amistades de ésta y recorrió las calles centrales que casi le eran desconocidas. Lucia aprendió a ponerse polvos de arroz y un ligero carmín en las mejillas, la huérfana sólo había recibido un bofetón, durante la semana sentíase orgullosa de su nueva posición. La señora Rosario, experimentaba un aturdimiento que la dejaba en un colérico silencio. Había perdido los últimos rezagos de valor para enfrentarse a su Hija (Raquel) y sentía que se quedaba al margen de la vida misma”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p. 103)

El establecimiento de un agente autónomo como Raquel, hizo que hubiera un relevo generacional, en la casa familiar. Cada agente ingresa a un campo con disposiciones que determinan la posición que va a tomar en relación con las demás, ya establecidas. Estos agentes

entran al juego porque acatan las reglas ya establecidas en él, ingresan al espacio de los posibles, es decir que se les impone una “herencia acumulada por la labor colectiva” (Bourdieu, 2000 p.348).

Sumado a lo anterior, se puede afirmar que la existencia de relaciones entre los campos y representaciones sociales desde una perspectiva de complementariedad epistemológica, que permite el análisis del miedo se establece desde las posiciones que ocupan los agentes en la novela, como proyección de la sociedad que se construía entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. En consecuencia, las representaciones sociales se constituyen como una línea ideológica en cuanto agrupan creencias, tradiciones y organizan el comportamiento de los miembros de una sociedad desde el establecimiento de ideales. En este sentido el miedo, en la novela, es una herramienta de dominio del contrincante, del débil, del diferente. Para el caso de Matilde, encontramos escenas que con gran destreza describen los quebrantos psicológicos del miedo en el personaje, lo cual la hace sumisa, incapaz de una insurrección.

“Habíase alargado el esqueleto, tenía más de 18 años y continuaba presentando su aspecto mísero, aninado, encogido. Las huellas de la viruela se mantenían sobre la piel del rostro y la nariz carcomida quedó suministrándole un aspecto repugnante a la fisionomía. Ni en esa época de florida juventud, cuando todas las mujeres tienen alguna seducción, Matilde mostró el menor atractivo y eso contribuía a que sus sentimientos permanecieran adormecidos en su espíritu, perpetuamente turbado por el temor de haber hecho algo malo”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p. 244)

Este comportamiento fue reforzado durante toda la infancia de Matilde, el temor, la hizo sumisa, en el anterior apartado encontramos, un mecanismo casi medieval de describir la fealdad como forma de diferenciación social, en este sentido el miedo se asocia a las categorías de sumisión, pobreza y encierro. Dadas desde la madre y sus hijas que conciben a la huérfana como un animal salvaje, capaz de contaminar el espacio familiar, por lo cual su única acción válida es la de violencia para defenderse y asentar su poderío a través del maltrato verbal.

“Y mientras la ciudad se ensanchaba así sus tentáculos, presionada por el imperativo ritmo del progreso, la expósita que había aparecido una noche desolada en la puerta de la casa se afianza a la vida con la tenacidad de los organismos primarios y penetraba en la infancia. Durante algún tiempo, mientras las úlceras del mal que traía se marchitaban y se convertían en costras despreciables, se arrastró por el suelo como un gusano, envuelta en sucios harapos, mirando todo con sus ojillos atentos como los de una ratita temerosa. La viruela trazaba en el rostro sus bajorrelieves indelebles y había corroído las ventanillas de la nariz que se abrían anchas y anhelantes. A poco empezó a erguirse, agarrada a las paredes con los pies enredados entre trapos que le colgaban del cuerpecillo. Cuando lloraba bajo la presión del hambre o cuando se caía en sus esfuerzos por caminar se lanzaban contra ella con iracundia y la golpeaban a palmadas y a puñadas. Y le gritaban inicuos improperios – ¡China asquerosa, inmunda! ¿Por qué no te moriste, desgraciada?”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.32)

En este apartado el miedo, se asocia a otras representaciones sociales, como la del asco, la repugnancia o de la diferenciación de clase. En este accionar aparece la ideología, en la cual las representaciones regulan el comportamiento de los individuos, siendo la praxis de estos una representación del colectivo. Como se explicó en el capítulo anterior la práctica de la servidumbre infantil, ha sido utilizada constantemente por la clase media o media alta bogotana. La extracción de niñas de los campos para servir a las “señoritas” de ciudad ha sido una afirmación permanente de las relaciones de dominación.

Osorio Lizarazo, quien aprovecha para retratar la ruptura de una Bogotá disputada por distintos grupos sociales, unos excluidos y otros excluyentes. Define a través de la historia de Matilde, una historia social del miedo, como herencia cultural, asociada a la división política, las herencias de clase y los temores propios de la guerra. En el apartado que se narra a continuación, se observan estos elementos en conjunto. Después de haber prestado auxilio a uno de los rebeldes, las mujeres de la casa de los García entran en pánico, al escuchar una algarabía en la calle:

“Avanzaba la turbación. Las mujeres se angustiaban en lo oscuro del aposento. Ahora llegarían poseídos por la exaltación, les formularían acusaciones y hasta podrían llevarlas a la cárcel, porque podrían descubrir su relación con las guerrillas liberales, y comprobarían que estaban ayudando a la revolución y que era su cooperación la que hacía invulnerables a los insurgentes de oriente, Raquel impartía órdenes en voz baja: Ninguna va a decir nada. Ahora llamaran a la puerta y traerán al hombre, herido o moribundo, Si llegan a decir una sola palabra, Si llega a decir una sola palabra... Soy capaz de matarla india asquerosa, todas estamos dormidas no lo olvide. Matilde repetía la ordenes en silencio para que no se le olvidara lo que mandaban”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.234)

Con esto, el escritor bogotano presenta las tensiones permanentes entre los grupos tradicionales (los conservadores de la regeneración, también llamado históricos) y los liberales que representaban las aspiraciones de las clases emergentes. En este sentido, la participación en la revolución de la familia García tiene dos vertientes su aspiración a subir en la escala social y la de revindicar el nombre del padre. Sumado a lo anterior, se observa una cadena de exclusión dada por el miedo: el estado conservador, sobre los liberales García y estos a su vez sobre Matilde.

En esta medida Osorio decide construir un universo aparentemente cerrado como el de la casa de los García, no obstante este es permeado por la inestabilidad política y social que se dio en el periodo de la Guerra de los mil días. En consecuencia el autor bogotano a través de la novela, narra las sensaciones de una época donde el crecimiento de una clase media que pasa de lo rural a lo urbano y que haya su plenitud en las prácticas económicas comerciales y en mantener un estatus. La importancia de esta idea permite comprender que Osorio pone de manifiesto, que esta clase que va dando forma a la ciudad física y a la ciudad mental.

Otro elemento que se puede observar es el miedo presente por los cánones religiosos y culturales que hacen de los personajes una alegoría del funcionamiento de las estructuras profundas que organizan el funcionamiento de la sociedad, de un territorio o de una región. En el

que las representaciones sociales de la mujer, pasan por filtros tales como el control de la sexualidad y del repudio social. A través de esta representación los diversos grupos sociales expresan clara o veladamente sus deseos o aspiraciones, sobre las concepciones del cuerpo femenino. En el momento de la narrativa, en el cual se habla de los amores de Lucia y el señor Ramírez, se establece la permanente sensación de peligro que Doña Raquel siente. No obstante, lo que más miedo le causaba a la matrona era perder la posición debido a un desliz. Cuando esta situación se da, la opción es cubrir el entuerto para evitar ser comidilla social, fingiendo la viudez de Lucia.

Otra representación de la vulnerabilidad y el miedo, está expresada en el riesgo de la violación, que se hace presente en el momento que Matilde, es enviada en busca de Feliciano, quién estaba en el frente de Batalla:

“A mí no me viene con mentiras – grito el sargento- A ver desnúdenla. Quítenle los trapos para saber que trae. Ella trató de defenderse en vano. Su intento de huir fue detenido brutalmente por una mano que la arrojó contra el suelo. Luego, los hombres empezaron a despojarla de la ropa desgarrándola más aún. Por fin el enflaquecido cuerpo desnudo azotado por el frío tremendo, amoratado por la intemperie, estremecido por el terror y por su insignificancia por el terror y la vergüenza, surgió ante los ojos de los soldados que se echaron a reír y prorrumpieron en bromas obscenas (...) Matilde seguía aterrorizada, debía guardar su secreto porque así lo había dispuesto la señorita Raquel, aunque le arrancaran la vida. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.163).

El miedo que invade el ser de Matilde, es una representación del cuerpo de la mujer, como botín de guerra. La experiencia está determinada por la acción instintiva de la violencia que la objetualiza y la convierte en un blanco de los deseos de los soldados. La sensación del terror aquí presentada, es tan genuina que la descripción de Osorio Lizarazo, pasa del realismo social, al naturalismo por la descripción descarnada del episodio.

Por otra parte, aparece la representación del miedo como problema para la apropiación espacial que se caracterizan por remitir básicamente a la construcción de sentido que tiene como objeto de apropiación simbólica el espacio de la ciudad. Sin embargo, en el caso de la obra, la urbe aparece más bien referenciada como un espacio mental, cartográfico en la medida de la representación que de ella hacen las mujeres, cuando hablan del espacio del mercado, o de los lugares prohibidos y vedados por su reputación. En este contexto son relevantes los planteamientos la representación social como paradigma cognitivo.

En este sentido se coincide con lo propuesto por Rossana Reguillo, La relación con la ciudad esta mediada por una representación “masculina” del uso del espacio público (2010, p.nsi3). Esta idea presenta un elemento interesante y es el hecho de que el mundo de las García es esencialmente el de la casa, de ahí que sea comprensible que los personajes femeninos muestren sus sentimientos en ese universo reservado para las mujeres. Se encontraría, otra nueva representación social del miedo, la cual va ligada al machismo, pues a excepción de Raquel, las demás mujeres de la familia no encuentran un espacio, en la vida pública o en el espacio de socialización, para ellas están reservados lugares como el mercado o la tienda familiar. En el mercado, no sólo es lugar donde se obtienen los víveres, también es el lugar donde se las mujeres pueden mostrar la grandeza de su casta, el hecho de tener una “sirvienta” o dos las ubicaba socialmente en una posición superior. No obstante, es cuando Osorio Lizarazo, las pone a los personajes femeninos a hablar de las andanzas de Feliciano y Juliancito que entendemos, las dimensiones reales de la ciudad como imagen mental.

En esto se puede afirmar que:

“Es decir, el “afuera” de la ciudad es para los hombres adultos, que son los únicos que pueden “resistir” las constantes tentaciones y enfrentar los múltiples peligros que acechan en las esquinas. Las mujeres y los niños deben permanecer bajo el resguardo del espacio privado y los jóvenes deben ser sometidos a constante vigilancia”. (Reguillo, 2010, p.9).

En concordancia con lo anterior, se observa la ciudad como lugar de excesos, perdición, pero esencialmente “peligro”. Si bien, esto puede ser cierto, habría que anotar que la ciudad descrita por Osorio Lizarazo, estaba sufriendo las transiciones de la ciudad colonial a la ciudad moderna, el entramado y la falta de luminosidad serían un motivo para sospechar del espacio. En su historia de Santafé y Bogotá Miguel Ángel Urrego señala esta época como de transición en la medida que se crea una industria del entretenimiento masculino mucho más visible y que era vista con algo de moralismo por parte de la sociedad Bogotana.

“La prostitución aparece como el espacio real para la realización del placer y, paradójicamente, para conservar el orden de la sociedad. Para los sectores dominantes, se constituyó en la vía para mantener el matrimonio de conveniencia y para los sectores pobres, la realización del deseo que no podía ser satisfecho por la imposibilidad de mantener una mujer, en el caso de los hombres, y un vehículo de realización de la sexualidad femenina o 'urbanización' de la mujer campesina”. (Urrego, 1997, p.211)

Esta ciudad descrita por el Historiador Miguel Ángel Urrego, es en la que se desarrolla la historia de Feliciano y de Julián, los “varones” de la familia. Por lo cual al hablar de las andanzas de estos dos personajes y sobre todo del menor de los García se logra establecer la visión que se tenía de las prácticas asociadas a la masculinidad y los temores que estas producían, como se logra ver en el siguiente apartado:

“Y mientras ellas se dedicaban a cultivar su cinismo y su irresponsabilidad, el burdel y la cantina eran objeto de su predilección, porque representaban sus afinidades y su temperamento. Cuando se producían riñas entre los borrachos y las prostitutas que frecuentaban esos lugares y lo conducían a la cárcel junto a los revoltosos, ellas se indignaban contra las injusticias de la policía. (...) Cuando llegó a los dieciocho años pasaba, a veces semanas enteras fuera de la casa, sin saber por dónde anduviera. Lo buscaban por todas partes rezaban novenas. Alguna vez Lucia se atrevió a acercarse a los Burdeles de la octava para traerlo de nuevo a la casa y redimirlo de tanto pecado” (Osorio, 2013, p 212).

Desde esta óptica, el peligro se convierte, en miedo y por ende territorio vedado. No obstante, el mapa mental de la ciudad y sus peligros se complejiza más al cruzar los lugares donde la sensación de temor está asociado a las representaciones sociales de la orfandad, o del abandono, propios de una sociedad en la cual la indigencia se aumentó estrepitosamente en el paso del siglo XIX y el siglo XX. En su historia sobre la niñez en Bogotá Ximena Pachón, recoge una crónica de José Manuel Groot que versa así:

“El espectáculo de este sinnúmero de ínfimos chicuelos, desarropados y hambrientos que llenan las aceras y las plazas, muchas veces con criaturas recién nacidas a la espalda, pidiendo limosna con insistencia desesperada o revolcándose en el polvo malsano, en parvadas de cinco y diez es algo que ya causa un desdoro para la capital de la República (...) Lo peor de todo es que ha llegado a convertirse en una verdadera industria de la mendicidad que los niños ejercen en forma tan lamentable (...)” (Pachón, 2007, p.28)

En el libro se habla de la indigencia a partir del comportamiento de Julián quien, andaba con una bandada de muchachos pidiendo y robando en su niñez. Si bien él no estaba en condición de indigencia, si se la pasaba con niños que estaban en dicha condición como lo presenta el siguiente apartado:

“Si todo estaba bien, con excepción del comportamiento de Juliancito, (...) se negaban a reconocer los desórdenes que provocaba, las agresiones a los transeúntes, su turbulencia y su genio perverso estaban a la orden del día. Se encontraba con muchachos del vecindario,

los obligaba a las más horribles villanías (...) se reunía con pillos de los carbónales para dar rienda suelta a sus desmanes”. (2013,p.143).

Los carbónales o los carboneros, son referidos a lo largo del texto como los lugares donde se reúne el lumpen. De hecho al hablar del posible origen de Matilde se habla de los Carboneros. Se hace esta aclaración pues según las Reminiscencias de Santafé y Bogotá de Cordovez Maure, los carboneros eran socialmente considerados como lo más bajo de la sociedad, De ellos provenía la mayor parte de los denominados “chinos”, que posteriormente serían llamados gamines. No obstante, es importante señalar que muchos de estos niños que caían en la indigencia lo hacían por su orfandad, esta situación se disparó como consecuencia de la guerra de los mil días. Con estas escenas que Osorio va hilando con la vida de Matilde y de la familia García, se muestran los cambios propios de una sociedad que se convirtió en interés para quienes migraban y en escenario para el desamparo de quienes habían sufrido con mayor los rigores de la Guerra.

Estas visiones sobre el miedo, conectan la reflexión a lo propuesto por George Duby sobre el Miedo. Cada vez que se enfrenta una situación de crisis, en la mentalidad de las gentes y de los grupos sociales, se entra en una situación de zozobra y miedo que provocan reacciones de euforia, cólera y/o estupor que se hacen presente en los comportamientos de los individuos (Duby, 2000). Si bien esta idea Duby la trabaja desde el conocido temor al año 1000 en la sociedad Europea, se puede comprender que las representaciones sociales del miedo, se apoyan en otros elementos simbólicos y sociales que determinan a qué se le tiene miedo o por qué se le tiene miedo. Encontramos aquí una cuestión, fundamental en la lectura de Osorio Lizarazo sobre la Bogotá de 1880-1930: Esta sociedad es una sociedad en crisis, que pasan por fuerte replanteamiento de los valores y códigos éticos que deben primar.

En concordancia con lo expuesto anteriormente, se puede decir que la familia García se caracteriza por ser la representación de aquellas elites rurales, que por cuestiones de la guerra llegan a la ciudad y deben enfrentar diversos miedos, mutando de víctimas a victimarios. La transformación por el miedo, en seres violentos y egoístas da cuenta de un fenómeno de desarraigo y descontextualización, que los obliga ir por su cuenta, dejando cualquier tipo de solidaridad de lado.

5.1.2 El miedo y el pathos Colonial, a través de los personajes de Osorio Lizarazo

En coherencia con lo anterior se hace necesario analizar, algunos elementos de la obra a la luz de la Bogotá que se construía entre 1880 y 1930, debido que da un mayor margen interpretativo sobre la sociedad de la época. Uno de esos elementos es lo que algunos estudiosos han dado en llamar el Pathos Colonial. Entender el Pathos implica trazar las líneas de los juicios sociales que se construyeron socialmente durante la colonia, a través del racismo, la necesidad de blanqueamiento y de diferenciación social. Este Pathos dio origen a términos como mestizo, mulo, zambos, criollo, términos que designaron la concepción de una sociedad enferma por el escalamiento social. La Bogotá de los albores del siglo XX no se sustrajo a la influencia del Pathos Colonial, discursos sobre la higiene y sobre la división de clases eran frecuentes. En la novela de Osorio Lizarazo, quien funge como cronista de una época, se experimenta una conciencia en el lenguaje, en el cual se refiere a las influencias del pathos colonial. En este sentido, se observa en la familia García una necesidad de reconocimiento, que está dada por las conveniencias sociales y la búsqueda incansable por superar las circunstancias propias de una sociedad que consideraban ajena.

En este sentido las imágenes y el discurso narrativo de Osorio Lizarazo, permiten observar los vehículos ideológicos, de control social que utilizó la familia para lograr el acenso social, asumiendo nuevas costumbres, buscando el paso de los oficios propios de la ruralidad a los de la ciudad. A través del espectro ofrecido por el autor se observa la transmisión de valores, sobre los cuales se instauró el orden social y el cuerpo. De ahí que en la obra de Osorio Lizarazo esto se filtre en el discurso constante de Raquel y de Doña Rosario.

Encontramos aquí un discurso sobre la diferencia y la jerarquía de clases presente en palabras como “India”, “la Huérfana” “zarrapastrosa”, “Bestia inmunda”. Los cuales por su carga semántica establecen un efecto de cosificación sobre Matilde. Dicho efecto establece una distancia entre los personajes. Se establece unos lugares de enunciación discursiva que están asociados al Pathos Colonial, sobre el cuerpo y la fealdad. Esta relación establecida desde la barbarie, permite ver que se considera que el cuerpo y la mente de Matilde son doblegables y/o domesticables. En este apartado se logra ver cómo el cuerpo es vencido por la violencia del lenguaje de Raquel, la procacidad de Lucia y la vara de Doña Rosario.

“Lucia: Caerían sobre sus ocho años indefensos y precoces nuevas obligaciones, cuyo incumplimiento significaría castigos y martirios. Ella no sabía nada, ni por su mente había pasado una cavilación (...) ¿Qué hace ahí parada como un poste? ¡Muévase a hacer algo, Haragana!” *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p. 82)

“Raquel: ¿Qué es lo que se está imaginando? –le grito- ¿qué estás creyéndote ya una señorita, porque te seguimos manteniendo como si fueras de la familia? ¿Se te está olvidando quien sos? India Igualada”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.176)

“A todas horas esperaba como un acontecimiento natural que cayesen sobre ella los azotes por lo que había hecho”. *El camino en la sombra* (Osorio, 2013, p.36)

En este sentido, es necesario entender el cuerpo, como un elemento que intermedia las relaciones de poder como parte de valoraciones asociadas al sufrimiento, que ocupan un lugar destacado en el proceso de ordenamiento simbólico de la sociedad colombiana. Sobre este aspecto, Ernesto Volkening (1972), en un análisis sobre la obra de Osorio, señala que uno de los elementos fundamentales para dar a entender lo caduco del orden social y la situación de inminente debacle de sus personajes es la repetición. La repetición en la obra nos reitera la condición de indefensión de Matilde y su carencia para responder a las violentas acciones de la familia García.

En esta medida, la al instituir modelos de actitudes y comportamientos gestuales, se daba paso a un efectivo control de las condiciones en las que se articulaban las prácticas de amo-siervo presentes en la novela de Osorio Lizarazo, presentes en los comportamientos cotidianos y, por extensión en el cuerpo social. El ejercicio de la vigilancia extrema sobre la humanidad de Matilde que ejercía Raquel tenía como objetivo, ejercer control a través del permanente miedo que provocaban sus reacciones en la muchacha.

Desde una concepción de amo-siervo, Raquel establece su dominio a través de la furia y la violencia que solventan sus acciones contra Matilde. En consecuencia, se observa una prevalencia de las relaciones coloniales, que están arraigadas en el constructo histórico de lo “colombiano”. Se establece una predominancia de una clase social sobre otra que ha sido desfavorecida para la cual se utilizan palabras heredadas del racismo colonial, como Bestia, India, zarrapastrosa lo tenía como fin de determinar la carencia de clase social.

6 CAPITULO 3

6.1 EL MIEDO Y LA MEMORIA COLECTIVA

La historia no es todo el pasado, pero tampoco es todo lo que queda del pasado. O, si se quiere, junto a una historia escrita, se encuentra una historia viva que se perpetúa o se renueva a través del tiempo, y donde es posible encontrar un gran número de esas corrientes antiguas que sólo aparentemente habían desaparecido. Si no fuera así, ¿tendríamos derecho a hablar de memoria colectiva?, ¿y qué servicio podrían hacernos unos marcos que sólo subsistirían en estado de nociones históricas, impersonales y descarnadas? (Maurice Halbwachs, 1993).

En el presente apartado se observan las relaciones que se tejen entre representaciones sociales y memoria colectiva, como marco epistemológico capaz de dar cuenta de los elementos presentes, en la novela de José Antonio Osorio Lizarazo, de la historia social del país, el entramado cultural y la visión de la ciudad. Por ende, se analizarán algunos tópicos los cuales encadenan las relaciones simbólicas entre memoria, identidad y percepción. Teniendo en cuenta lo anterior el texto se organiza a partir de cuatro subapartados: Primero, se reconoce el entramado entre Literatura y Memoria en la obra de Osorio Lizarazo; segundo, se establece la relación entre representaciones sociales del miedo y memoria colectiva; en un tercer momento, se abordan tres elementos producto del miedo y que están asociados a la memoria de la ciudad, desde el desarraigo, la indiferencia y el abandono. Por último se observa la Memoria de la transformación y el cambio social.

6.1.1 Literatura y memoria en la obra de Osorio Lizarazo

La importancia de la obra de Osorio Lizarazo, para la literatura colombiana es descomunal sobre todo, si se tiene en cuenta que es uno de los primeros escritores en abordar la ciudad como organismo social y vivo capaz de dar forma a la vida de los individuos. En un estudio publicado por la Universidad Eafit de Medellín, sobre la obra de Osorio se afirma que es el primer escritor de la Gran Ciudad. Entendiendo la gran ciudad como un concepto que permite comprender las experiencias de éxito o fracaso que se anidan en ella. En esta medida el uso de la marginalidad, no está dada como un recurso histriónico del autor, sino como un elemento de descripción sociológica, en el cual las jerarquías sociales son rotas por el peso de los acontecimientos.

En consecuencia, con lo anterior encontramos lo dicho por el propio autor quién considera que la verdadera literatura como una construcción de experiencias, que encuentran su objetivo en la denuncia. No obstante la intención de Osorio Lizarazo es dar significado a los hechos humanos para comprenderlos y conocerlos mejor, de hecho la utilización de una estética naturalista, asociada a la fealdad le permite evocar de manera precisa modos y formas de ser presentes en la cultura. En esta medida Osorio Lizarazo escribe desde las voces de la memoria colectiva, las cuales recogió a lo largo de los años con su oficio de periodista.

No se puede dejar de lado que parte del desarrollo estilístico de Osorio Lizarazo, se da por la práctica de la crónica. Santiago Mutis realizó una selección de las mejores crónicas de este autor en las cuales

Su intención es dar a conocer a un amplio público un acontecimiento, una condición, un hecho acaecido; no van tras un afán de historiar un espacio y tiempo determinado más allá de lo que se les impone como límite: el espacio físico con que cuentan en el diario, la atención limitada del lector y la necesidad de narrar algo puntual y específico de la forma más integral posible. No obstante, suelen coincidir con las crónicas medievales en cuanto a su organización cronológica; es decir, lo que se va narrando se hace de manera que siga la línea dibujada por el tiempo (Textosfera, 2012).

La novela y la crónica, aunque diferentes en su concepto se vuelven una práctica complementaria. Ambas son formas de escritura y desde su propia especificidad contribuyen al conocimiento del comportamiento humano en la sociedad. En este sentido, la memoria establece unos elementos en este tipo de narrativas, en las cuales se pasa por elementos de lo individual, que se une a los presupuestos de lo colectivo o identifica aquellos elementos de los que no se habla en la gran historia, pero que si está presente en la memoria de la gente, como génesis de lo identitario. Como lo muestra Ana María González en su texto memoria personal y memoria colectiva en la literatura.

El conocimiento del pasado satisface la necesidad de comprender, de dar sentido a los acontecimientos. No en vano Todorov dice que el hombre es memoria, que «estamos hechos de pasado y volverlo inteligible es también tratar de conocernos mejor». Sabemos que la narración es el recurso del que dispone la memoria para contar la historia de los que fueron. Pensar lo pasado es contarlo; recordar lo pasado es obligarse a narrarlo, elaborar un relato. (González, 2003, p.1)

Ahora bien, lo propuesto por la profesora González, sienta las bases de un análisis muy pertinente en Colombia sobre los alcances del texto narrativo como memoria individual y a su vez colectiva que es capaz de dar cuenta de la historia social, de las construcciones mentales y de las jerarquías sociales. Para el caso de Osorio Lizarazo, observamos que su quehacer literario, como discurso social y estético es pensable en términos de memoria en la medida que no se puede perder de vista, las características de una generación de escritores (José Eustaquio Rivera, Antonio Caballero Calderón) que nacieron bajo la estela del gobierno de la Regeneración en el país. Cabe recordar, que para la memoria colectiva, existe un marco que es el de la memoria histórica. Los acontecimientos políticos y sociales que ocurrieron entre 1886 y 1930 dieron forma al Estado Colombiano, la lucha bipartidista y el modelo de sociedad, que según historiadores como Marco Palacios (1995) se movería entre la legitimidad y la violencia. La hipótesis de trabajo de Palacios coincide profundamente con la sociedad que analizaron y pusieron de manifiesto, escritores como Rivera, Caballero, Osorio y posteriormente Fernando Soto Aparicio, que dibujaron la violencia, que moldeando la realidad colombiana.

La Guerra de los Mil Días inaugura, un ciclo de enfrentamientos políticos y sociales que pusieron los problemas estructurales que dejó el colonialismo español, a través de unas identidades fragmentadas que componen el quebradizo vitral que es la identidad Nacional. La Herencia española dejó de manifiesto la profunda desconfianza entre sectores sociales, la dicotomía entre elites rurales y elites urbanas, una incapacidad de comprender las diferencias y una gran inequidad sustentada en el Pathos Colonial.

En la obra de Osorio Lizarazo se revela en la urbe, estos procesos de construcción de identidades fragmentadas, en el cual el tránsito de Bogotá hacía la formación a gran ciudad, se relaciona con grandes oleadas migratorias, producto de las guerras de finales del siglo XIX y de un modelo de tenencia de la tierra que obligó a los campesinos a migrar. De acuerdo a éste sentido estético, Edison Neira (2004) señala que Osorio “inaugura una de las sagas literarias más amplias y sistemáticas sobre las formas de vida anómicas que se prefiguran durante el periodo de formación de la ciudad masificada en América Latina, y particularmente en Colombia” (p.21)

Teniendo en cuenta, lo anterior cabría preguntarse ¿porque una obra que tiene múltiples elementos que la hacen inaugural, no ha sido revisada a profundidad?, A este respecto Neira (2002) establece que la obra de Osorio Lizarazo, fue escrita para una sociedad que se caracteriza por ser iletrada y con poca resistencia a la crítica por parte de las elites (p. 60). En este sentido, la obra del autor bogotano, dio paso a la imagen de una ciudad, que se ha querido dejar de lado, pero que aún pervive en el recuerdo por que ha extendido sus prácticas hasta el presente.

Por tanto, la noción de la memoria esta intrínsecamente ligada en la obra de Osorio a dar cuenta de lo desconocido, lo marginal, lo cotidiano y lo íntimo de la sociedad. El uso del discurso narrativo, fija en el tiempo una historia común que interpela no solamente a los lectores de la época del autor, sino quienes lo leen en el presente. Esto se debe a que la lengua es una entidad colectiva idónea para recoger los elementos simbólicos y culturales de un constructo social, que aún permanecen en la memoria. En este sentido, el recuerdo de las transformaciones sociales inherentes a la modernización social de la ciudad y los cambios que operaron en la mentalidad de sus habitantes, se presenta como elemento conflictivo, entre la concepción de una Identidad oficial y otras emergentes o subversivas.

Sumado a lo anterior, la presencia del marco social de la guerra, la revolución, las luchas bipartidistas permite comprender las dificultades existentes en unificar una versión de la historia común a todos. Los mecanismos narrativos de Osorio permiten entender el crecimiento de una ciudad, que va transformado a sus habitantes en medio de las contradicciones sociales. El camino en la sombra presenta una ciudad que se moderniza en cuanto a su estructura, pero que mantiene estructuras de clase y de segregación, demostrando ciclos de repetición que van marginalizando a la población.

6.1.2 Memoria y representaciones sociales del miedo

En torno del personaje Matilde se establece un mundo simbólico, que se estructura a través del miedo y la degradación ética de los personajes. En este sentido su historia, está atravesada por las representaciones del miedo y las diversas causas de éste y la memoria de un grupo social que ha sido marginado por la guerra, las jerarquías sociales y la indiferencia. En esta novela que funge como memoria de diversos grupos sociales que se establecieron en los albores del siglo XX en la ciudad de Bogotá se logra construir un espacio mental asociado a nociones de género, jerarquía de clase y racismo vigentes para la época.

En el entramado textual de la novela se retrata, a través de tres mecanismos la fragmentación social, sufrida por una familia que pasa de un entorno rural a un entorno urbano. Estos mecanismos, son la descripción objetiva y desprovista de sentimentalismos, la utilización de personajes marginales como centro de la historia y recurso enunciativo y por último la repetición de situaciones para dar cuenta de un hilo narrativo de la cotidianidad, la cual se va transformando de manera inequívoca pero paulatina.

Estos procedimientos dan cuenta de un sujeto fragmentado, el cual está abocado al miedo en un medio que se transforma impasible. Lo que Osorio presenta magistralmente es la memoria de una sociedad que ha ido cultivando un nicho de inequidad, a través de las prácticas violentas de la familia García contra Matilde. En este sentido emerge de la experiencia de las naciones latinoamericanas, las cuales están construidas sobre identidades fragmentadas, Matilde es una evocación del que permanece oprimido por miedo, cargado un pasado que lo acusa por su indefensión.

La carencia de un sentido de pasado o de la comprensión de su existencia, hace del personaje de Matilde incapaz de definir una postura contra la violencia que se ejerce contra ella. Situación particular en la medida que los García basan su posición en medio de los recuerdos del Padre que sustentan el carisma militar y beligerante de la familia. Es en este punto que la literatura define los contenidos de la memoria colectiva, la de aquellos que han sido considerados como insignificantes, por su carencia de abolengo y la de la clase media que intenta ascender. En este sentido aparece el miedo, diferenciado en dos niveles. El primero en las relaciones amo-siervo, que se explicaron ampliamente en el capítulo dos y el segundo en cuanto a la posición social o a la pérdida de jerarquía. De ahí que lo que se obtenga de la obra de Osorio Lizarazo, sea memoria colectiva de un mundo en permanente crisis.

Es en este punto, donde el texto como acto, como procedimiento discursivo, va dando cuenta de las transformaciones identitarias de una familia rural, que desplazada por la violencia se va enfrentando a un entorno desconocido como es lo urbano. En esta medida el choque de dos posiciones la de Doña Rosario, matrona rural con la de su hija Raquel mujer de ciudad, es uno de los conflictos centrales que hacen del texto un juego de posiciones familiares, que da cuenta de un proceso de tránsito difícil.

En este sentido. La violencia del pasado de los García, es permanente en su relación con Matilde, pues tanto la familia como la “huérfana”, se encuentran en medio de un mundo turbulento, en el cual se disputan los modelos de Ciudadanía y Nación que se pretenden establecer. En este sentido, los cambios conllevan una profunda sensación de vértigo y miedo por lo cual, la familia ha asumido una actitud violenta, que los lleva a resquebrajarse después de la muerte de la madre. Si bien el señorío de Raquel se da en forma natural, también lo es que la pérdida de un vínculo común, lleva a todos los personajes a sufrir cambios abruptos en su posición y siembra una profunda desconfianza entre ellos mismos.

Por otro lado, el intento de recuperación del pasado que emprende, Osorio Lizarazo nos muestra dos historias que se cruzan, la de clase media y la del bipartidismo político, las cuales afectan la vida de los desposeídos, los excluidos. En este sentido, la memoria del miedo termina siendo la historia de los mecanismos de exclusión y dominio que han imperado en la construcción de la sociedad, como el maltrato físico en el ámbito de lo privado y la guerra en el ámbito de lo político y lo público. Otro elemento del que Osorio Lizarazo se vale para darle mayor crudeza a su obra y del cual se pueden extraer elementos identitarios, son los que obedecen a la estructura familiar, donde la memoria colectiva se construye a través de un relato donde los personajes son arquetipos sociales. En el siguiente apartado se abordaran estos arquetipos a través de las categorías de desarraigo, indiferencia y abandono.

El desarraigo como tema de la memoria en Colombia para ser un tópico común que se presenta cuando se analiza la historia de la ciudad. Por lo cual la literatura y en especial la obra de Osorio dan cuenta de este elemento, anímico y social que se presenta en la novela. La sensación de descolocación presente en los personajes de la familia García que se presenta en las primeras

páginas en los cuales se muestra una familia rural recién llegada a la Ciudad, genera desconcierto en el lector, pues el mundo de la casa parece oprimir a los individuos, dejando solo una voz al mando que es la de Doña Rosario, que quién con ojos vigilantes decide asumir su nueva condición de destierro.

En este sentido se nos presenta la familia García, como una familia arquetípica, en la cual la figura y memoria del padre fallecido aparecen como un elemento que los ata a un pasado de abundancia y de prestigio. Por lo cual, la nueva situación los enfrenta a un profundo sentimiento de desarraigo, el cual trae consigo las expectativas que se dan en torno al futuro y a la recuperación de un estatus perdido. Una observación profunda de fenómenos como el desplazamiento forzado en Colombia, el cual ha contribuido al crecimiento desmedido de las ciudades, puede dar una idea de lo vivido por la familia García, como víctima de la persecución política. La pérdida del entorno conocido, de las redes de apoyo, la pérdida de tierras, producen en las víctimas de este fenómeno, una sensación de inseguridad y miedo, capaz de generar sentimientos de rabia y actos de violencia debido al trauma de lo vivido (ACNUR, 2008).

En este sentido observamos como la actitud de los García, los va restringiendo a un círculo de violencia, el cual se plasma en la frustración que sienten por haber perdido el cimiento de su identidad. De ahí su interés por emprender una carrera por escalar socialmente y ser aceptados en la sociedad bogotana. De ese afán se desprende su necesidad por tener servidumbre y tener prácticas esclavistas, ya que era bien conocido que quienes tenían este tipo de prácticas gozaban de cierto prestigio, cómo lo visualizó Raquel. Sumado a esto, se encuentra el enfrentamiento generacional, el cual es la necesidad de dejar de lado el recuerdo de la ruralidad y asumir las costumbres urbanas.

Otro elemento que se observa que aparece en la construcción de la memoria es el de la violencia, el cual como ya se dijo obedece a la diferenciación de clase y al pathos colonial. A lo largo de la narración se va deshilando la madeja de recuerdos, y al mismo tiempo con ella se va tejiendo un tapiz de la familia García. La historia en la que también se relatan los acontecimientos políticos que involucraron al Padre y posteriormente a Feliciano en las guerras bipartidistas. Serán pues los recuerdos de un mundo imbuido en la violencia y la carencia. Sin embargo, estos conflictos dejan ver un gusto por la participación en la guerra, por la eliminación del contrincante, también son parte de lo que enorgullece a la familia, les hace sentirse conectados con un pasado glorioso. Desde esta perspectiva, se plantea la participación de los personajes en la corriente de la gran historia, como elemento que refleja su pertinencia en la Historia.

En esta corriente, la fuerza de los cambios borra el pasado grandilocuente de la familia y lo transforma en el abandono propio de las circunstancias. La decadencia de los personajes deja de lado los gloriosos días de la guerra y los va transformando en seres informes llevados por la codicia y por los vicios, la presencia de Juliancito como el último del linaje, perdido en el alcohol y con un temperamento violento, impulsa a la ruptura de los entrañables lazos familiares. La enfermedad de Betulia, así como la codicia de Raquel son un elemento que va marcando el final de una casta, que creyó poder dominar la sociedad citadina; sin embargo, la indiferencia, el egoísmo terminaron siendo la espada de Damocles que terminó con la vida de las hermanas.

En conclusión podemos afirmar que el motor de la escritura de Osorio Lizarazo, es la memoria de una sociedad anquilosada en las tradiciones sociales, que dan origen a una jerarquización social aún vigente, que se ha instaurado por el conflicto y la violencia. En esta medida la novela se presenta como un fragmento de memoria colectiva, a través de la cual transitan los arquetipos del desplazamiento, el desarraigo, la violencia y el abandono. En esta medida la

lectura de *El camino en la sombra*, nos asoma a un mundo que aunque distante en el tiempo, se encuentra presente aún en los comportamientos de los colombianos, dando cuenta de sistemas de exclusión todavía vigentes.

En este sentido se debe tener en cuenta que se recuerda para no olvidar; se rescata el pasado para dar un sentido al presente. Por la cual una lectura de Osorio permite entender las identidades fragmentadas y la falta de cohesión social en una sociedad afecta por el patos colonial. La correlación existente entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana es fundamental, para comprender que la novela como dispositivo narrativo capaz de apelar a una concepción de sociedad, teniendo en cuenta sus deficiencias. En la obra de Osorio Lizarazo al igual que en los testimonios orales, se observa la presencia de la búsqueda incesante de un interlocutor, que comprenda los caminos que ha recorrido la memoria, y vea la intertextualidad entre la realidad y lo ficcional. Por esto se puede afirmar que la memoria del escritor contribuye a la recuperación la historia desde la remembranza.

Para terminar se debe tener en cuenta lo dicho por Ana María González Luna:

Ahora bien, si queremos aprender del pasado, como dice Todorov, tenemos que recurrir a esa memoria ejemplar que es capaz de retener lo ocurrido -especialmente lo más dramático de la historia - para impedir su repetición. «No se trata de recordar para encontrar una oportunidad de venganza, sino de recordar para hacer justicia, cuidar del presente y asegurar un porvenir mejor» (p.12).

CONCLUSIONES

El desarrollo de *El camino en la sombra* obedece a la construcción de un relato testimonial, del miedo como mecanismo de control social, del cuerpo y la mente, el cual se establece en medio de la transición de una sociedad colonial a una sociedad urbana aparentemente moderna. La esencia de los cambios sociales, aquí obedece a la transformación de los medios de producción, la familia García, hacendados rurales deben granjearse un espacio como comerciantes, en la ciudad de Bogotá; sin embargo, se mantienen atados a su pathos colonial, el cual afecta las relaciones familiares y la concepción del poder.

En este sentido la sociedad a la que se acercan la obra de a Osorio Lizarazo, ha creado unos dispositivos, tanto retóricos como físicos para hacer de la exclusión una forma de dominación. Por ende las representaciones sociales del miedo están asociadas a la idea Foucaultina del vigilar y castigar. Donde la noción de esclavismo y la sumisión está dada por el trato de desigual y la pauperización de la condición humana. Osorio utiliza, aquí estrategias narrativas propias del realismo social y del naturalismo, para dar testimonio de los males y desmanes de un acervo cultural violento que se instaura en la formas de relación que se establecen en la memoria –colectiva.

En el lenguaje aquí utilizado confluyen emociones como el desarraigo, la ira, la sensación de abandono, en las cuales el miedo funciona como un activador y soporte de las acciones de los personajes. Por esto, los personajes se nos presentan encerrados en universo que está marcado, por la soledad y la exclusión, aquí la casa familiar de los García es un escenario donde se van proyectando los cambios de la sociedad. De esta manera el autor acompasa dos elementos la historia del país y la historia cotidiana de las familias que han sufrido del desplazamiento. En este

punto, en la obra se observa la denuncia como elemento para dar cuenta de la marginalidad y la mezquindad presente en esta. Aquí se presenta una conciencia frente a los acontecimientos históricos por medio de la memoria colectiva de los diversos tipos de violencia en Colombia. La figura de Matilde es una figura que entabla un diálogo con las condiciones de la servidumbre, el miedo y la violencia.

De ahí, que podamos afirmar que las representaciones sociales presentes en *El camino en la sombra* obedecen al espectro de tradiciones socioculturales que definen la jerarquización social. El miedo aquí se presenta como parte estructural de la sociedad, éste toma diferentes formas y actúa de diferentes maneras: educa, castiga, domina el cuerpo y la mente. Se encuentran aquí dos escalas la socio –política que presenta las dinámicas del Estado y el individuo, durante la Guerra de los Mil días. La segunda escala se encuentra la proyección de las relaciones de poder en la familia y con la “servidumbre”.

Teniendo en cuenta lo anterior se puede concluir que: El impacto de la cultura de la violencia política sobre la comunidad imaginada, ha fragmentado la sociedad colombiana generando unos altos índices de jerarquización, los cuales se ha legitimado por diversos grupos sociales. Estos esquemas mentales residen en las representaciones sociales que se tienen sobre la pobreza, la enfermedad y la pérdida de posición social.

En la literatura del realismo social y el naturalismo se presenta un pacto narrativo que presentan “modelos de experiencias”, en los cuales se experimenta una línea axiomática que da sentido al mundo. Estas formas discursivas son un modo de organizar también la experiencia pasada, presentar una realidad que aunque distante en el tiempo determina elementos comportamentales e identitarios de una nación imaginada.

Los sucesos y acontecimientos en la obra de Osorio Lizarazo aquí presentes obedecen a múltiples memorias, de diversos grupos sociales, las cuales fue construyendo a partir de su oficio de cronista.

Se observa la construcción de una memoria colectiva, en la cual se encuentra un archivo de representaciones sociales, que a través de la narración de Osorio Lizarazo develan el sentir social y la arquitectura del miedo. El miedo conduce a los García como parte del campesinado a unirse a la revolución liberal a ir en contra del gobierno conservador. El miedo y la aversión proveen de motivos a la familia para tomar a Matilde como objeto.

En este sentido, la comunicación de los miedos se constituye en las representaciones del discurso dominante: el deber ser del ciudadano, el deber ser de los roles de género, el deber ser de las jerarquías sociales. Estos aspectos también van generando una transformación de la ciudad en la obra de Osorio Lizarazo. Encontramos aquí una cartografía simbólica del miedo que dan forma a las percepciones que se tienen sobre lo otro.

Se concluye entonces, desde el anterior trabajo y con base en los estudios de la memoria y la comunicación, que la literatura sirve de fuente de gestión del conocimiento y registro de la memoria colectiva asociada a una época en la que no había aún el desarrollo tecnológico actual que permite un registro más amplio y casi en tiempo real de los acontecimientos. Igualmente, que los productos literarios de la escuela naturalista, como movimiento artístico literario, contrario al romanticismo, y en la que prima la narración de hechos lo más alejados de adjetivación y posiciones personales del autor, se convierten en documentos que sirven para construir el conocimiento alrededor de la memoria colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIC J.C. (2002) Prácticas sociales y representaciones, EDICIONES COYOACAN, México.
- BETANCOURT D. (1999) La estructura de la memoria colectiva. Universidad Pedagógica Nacional , Bogotá
- BOURDIEU, P.(1995). Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario. Barcelona: Editorial Anagrama.
- _____ (2007a) Espacio social y génesis de las clases en: Bourdieu Pierre, Sociología y cultura, México: Grijalbo, págs. 281-310.
- _____ (2007b) La distinción, Barcelona: Anagrama, págs. 159-198.
- _____ (2007c) (1990) [1987], De las reglas a las estrategias en: Bourdieu Pierre, Cosas Dichas, Barcelona: Editorial Gedisa, págs. 67-82.
- _____ - (2007d) Los tres estados del capital cultural en: Bourdieu Pierre, Campo del poder y reproducción social, Córdoba: Ferreyra Editor, Colección Enjeux, págs. 195-202.

- HALBWACHS, Maurice. La memoria colectiva. De la edición española, Prensas Universitarias de Zaragoza 1.a edición, 2004. Primera Ed. Presses Universitaires de France. Paris. 1968
- BLANCHOT, Maurice (1995). El espacio literario. Editora Nacional. Madrid. 2002. Primera Ed. Gallimard. Paris.
- DEALBA- GARCIA, M (2015) las representaciones sociales del miedo en la Urbe. Universidad de Iztalpa, Iztalpa.
- DUBY G., Año 1000, Año 2000. La huella de nuestros miedos, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995
- ESCOBAR MESA, A. (2002). Literatura y Violencia en la línea de fuego. En A. Escobar Mesa, Violencia y Política III (págs. 319-338). Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquía.
- ESCOBAR MESA, A. Reflexiones (1990) Acerca de la Literatura de la Violencia. En: Revista Lingüística y Literatura. Medellín: Universidad de Antioquia. No 17. 1990. p. 92-121.
- GIRALDO, L. (2005). Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

- GIRARDOT, R. g. (1987). Modernismo supuestos históricos y culturales. Bogotá: Fondo de Cultura
- GUTIÉRREZ CELY, (1999). Historia de Bogotá: conquista y colonia. Vol. 3: siglo XX. Bogotá: Villegas.
- JARAMILLO, M y OSORIO, B. [Comp.] (2000). Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX Volumen II. Bogotá: Ministerio de la cultura.
- JIMÉNEZ, D. (2009). Historia de la crítica literaria en Colombia 1850-1950. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- JODELET, Denise. La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En: MOSCOVICI, S. Psicología social II. Barcelona: Paidós, 1986.
- MAYOR MORA, A, (1997) Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- MOSCOVICI, Serge. “La representación social: un concepto perdido” en El Psicoanálisis, su imagen y su público. 2da. edición. Cap. I, pp. 27-44. Ed. Huemul. Buenos Aires. 1979. Para Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú. Lima. 2002.

- MOSCOVICI, S. Psicología social I: influencia y cambio de actitudes. Cognición y desarrollo humano. Barcelona: Paidós, 1985.
- MOSCOVICI, S. y HEWSTONE, M. De la ciencia al sentido común. En: MOSCOVICI, S. Psicología social II. Barcelona: Paidós, 1986
- MUTIS, S. [Comp.] (1978). Novelas y crónicas J. A. Osorio Lizarazo. Bogotá: Biblioteca básica colombiana
- NEIRA PALACIO, E. (2004) La gran ciudad latinoamericana: Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT. 2004. Pág191-197.
- ORDIZ, F (1997) El naturalismo y el realismo social en España y latinoamérica, Instituto Cervantes, Madrid
- OSORIO LIZARAZO, J. A. (1926). La cara de la miseria. Bogotá: Talleres de Ediciones.
- OSORIO LIZARAZO, J. A. (1978). Divagación sobre la novela. En S. M. Durán, Novelas y Crónicas J.A. Osorio Lizarazo (págs. 411-414). Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana.
- OSORIO LIZARAZO, J. A. (1978). La esencia social de la novela. En S. Mutis Duran, Novelas y Crónicas (págs. 422-425). Bogotá: Instituto colombiano de Cultura.

- OSORIO LIZARAZO, J. A. (1926). “Con los anormales y los incompletos se formó una colección de miserias”. Mundo al Día, Bogotá, 4 de diciembre, 18-19. --- (1926). “Una ciudad de trogloditas que envía su eterno contingente a las cárceles”, Mundo al Día, Bogotá, 9 de octubre, 16-17.
- OSORIO LIZARAZO. (2013) J.A. Camino en la Sombra, editorial Laguna libros Bogotá.
- PACHÓN G. (2007) “la infancia en la ciudad de Bogotá” Editorial (¿?) Bogotá
- REATI, F. (2000). Pensamientos de guerra, de Orlando Mejía Rivera: ¿Cómo nombrar lo indecible de la violencia colombiana? Revista de Estudios colombianos, 17-23.
- REGILLLO, R (1998) Imaginarios globales, miedos locales la construcción social del miedo en la ciudad Universidad Católica De Pernambuco, Recife, Brasil, 11-16 De Septiembre De 1998.
- _____ (2011) Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo.
- ROJAS, J. E. (2008). Novela modernista producida en el ambiente bogotano. Dos nombres y dos tendencias: Rivas Groot y Vargas Vila. Literatura: teoría, historia, crítica, 213-245.
- SAMPER M, (1938) Nota Biográfica de un Novelista, J.A Osorio Lizarazo, el tiempo, Bogotá p.27

- URREGO, M, Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880- 1930, Fundación Universidad Central, DIUC, Ed. Ariel, Bogotá, 1997.
- VÁSQUEZ, F. (2001). La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario. Barcelona: Paidós.
- VOLKENING, E.(1972) “Literatura y gran ciudad”, Eco 24.143-144 (1972): 323-352.
Bogotá

ANEXO

—Lectura opcional—

El 14 de diciembre de 1944, tres días después de deambular por entre los estertores de la muerte, aminorado por la falta de alimento, aislado, aterrado; con la mirada convulsa, colmada de un impúdico resplandor vidrioso, con las manos tiznadas de pólvora, marcadas por los gritos de aquellos que no volverían a abrir los ojos; débil, arrastrando tras de sí una caterva de recuerdos de últimas palabras, de silencios, de carcajadas enloquecidas, de bailes estrambóticos en los que hombres vestidos de verde se lanzaban al suelo al tiempo que una explosión desarticulaba sus cuerpos; enfermo, con la mente entrabada en una sincronía de murmullos producidos por los pasos progresivamente lejanos de aquellos que hacían parte de la División 106 de la Infantería de los Estados Unidos; sí, el 14 de diciembre de 1944, tres días después de la batalla de las Ardenas, en Bélgica, Kurt Vonnegut (1922-2007) fue tomado como prisionero de guerra por parte del ejército nazi. Como cautivo supo del horror y del dolor, del miedo y la desesperanza, en especial aquel día en el que tropas aliadas destruyeron casi por completo la ciudad alemana de Dresde, donde Kurt se encontraba preso. Lo que vio y escuchó después de las bombas —confesaría— jamás se comparó en términos de crueldad con lo vivido como soldado en combate. Veinticinco años después, en 1969, Kurt Vonnegut publicó su sexta novela titulada *Matadero Cinco* en la que de forma satírica y con una ingeniosa dote de humor negro relata la historia de un sobreviviente de los bombardeos de Dresde y su posterior rapto por parte de extraterrestres, en desarrollo de un argumento en el que el protagonista Billy Pilgrim, soldado estadounidense, simboliza el encuentro entre la inocencia y el terror de la guerra.

Quienes han tenido ocasión de leer *Matadero Cinco* no tienen una referencia tan certera sobre los acontecimientos de aquel bombardeo aliado, ni tampoco de las historias de las personas

que perdieron la vida en estos hechos, tienen, en cambio, la oportunidad de reconocer en las palabras de Kurt Vonnegut las sensaciones que se derivan de los sucesos de esa guerra. En efecto, en la lectura de *Matadero Cinco* se puede experimentar desde la narrativa lo aterrador de la violencia armada sucedida en aquella época e, incluso, sacar partido de la tragedia encontrando una trama argumentativa sarcástica que invita a cuestionar el actuar del hombre y su continúa confrontación y lucha por el poder y la riqueza.

Otro ejemplo. El 8 de junio de 1949 el inglés George Orwell publica la novela *1984*, un relato de ciencia ficción que narra la tormentosa realidad que acontecería en el planeta Tierra, 35 años después, momento en el que, de acuerdo con el narrador, el modelo de gobernanza de aquella época futura habría de ser sustituido por un riguroso régimen de carácter totalitario en el que resaltaba la labor de cuatro ministerios encargados por mandato de justos objetivos en materias como el amor, la paz, la abundancia y la verdad. En cumplimiento de esta última, los funcionarios de la correspondiente Cartera deben intervenir o eliminar todos los documentos que riñan con la historia oficial, esto buscando que la versión y entendimiento colectivo sobre aquello que ocurrió en el pasado coincida con el discurso que justifica la existencia del régimen. En el texto destaca el concepto del Hermano Mayor o Gran Hermano, una figura adscrita a la Policía del Pensamiento y la Lengua, que desde la omnipresencia aparecía en diferentes escenarios de la trama como un insaciable vigilante capaz de atemorizar por su conocimiento a todo aquel al que interrogaba. Nunca se menciona su nombre, su rostro no tiene descripción, solo se hace evidente a través de una voz inquisidora con el poder de saber todo sobre todos. Es la mayor arma del partido político que ostenta el poder para ejercer su hegemonía desde el absolutismo. En su momento, se entendió la novela como una postura crítica hacia los abusos de poder de los gobiernos vigentes y de cómo

sus comportamientos no solo restringen las libertades individuales, sino la libre disposición de los pueblos a elegir a sus gobernantes.

Cinco décadas después, el 16 de septiembre de 1999 es emitido por primera vez el programa de televisión Gran Hermano, un formato tipo concurso en el que encierran a un grupo de personas en una casa y quienes ciñen su comportamiento a las reglas y la mirada vigilante del Gran Hermano, personificado por una voz capaz de aparecer en cualquier lugar de la casa y que se dedica a escudriñar en los conflictos derivados de la convivencia de los participantes. El formato del programa, tipo telerealidad (*reality*), sería reproducido con apenas pequeñas variaciones en más de 70 países, incluido Colombia. Existen numerosos estudios sobre el concepto de gran hermano y su relación con el ejercicio del poder y con las libertades individuales en diferentes latitudes del mundo y en diferentes épocas. El concepto de Orwell resulta de gran ayuda para metaforizar sobre el totalitarismo, la sociedad y la forma en la que algunos modelos de gobierno pueden intervenir, incluso, en el comportamiento y forma de pensar de las personas.

Casos como los anteriores hay por miles, Roberto Bolaño narrando con maestría acerca de la desaparición de las mujeres en Ciudad Juárez en su apoteósica novela 2666 (2004), Mario Vargas Llosa hablando de los efectos del asesinato del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo en *La fiesta del chivo* (2000), Rodolfo Walsh reconstruyendo a través de la narrativa los fusilamientos de José León Suárez en la novela testimonial *Operación masacre* (1957) o el poeta disidente Liao Yiwu profetizando desde sus versos incendiarios sobre lo que días después sería el asesinato de miles de personas contradictoras del régimen comunista en China en la plaza Tiananmen en 1989. Pero la relación de la literatura con la realidad social no está únicamente ligada a hechos violentos, masacres o acontecimientos de enconada datación histórica o periodística, también se establece y, en muchísima mayor medida, en la forma de exteriorizar el

pensamiento humano muy por encima de las normas científicas y los vericuetos metodológicos que obligan al discurso a restringirse a finísimas interrelaciones argumentativas en las que todo lo que se dice debe estar respaldado por la reflexión de otro y el valor de lo propio no tiene peso a no ser de que se le respalde con nombres de abolengo y difícil pronunciación. Es decir: no es necesario remitirse a la acuciosa filosofía del ser o a la retórica aristotélica y mucho menos a la historia o a los documentos oficiales para comprender el tamaño del conflicto social que acusaban los ciudadanos de clase media en la Europa oriental de principios del siglo XX luego de leer *La metamorfosis* (1915) de Franz Kafka, un relato sencillo convertido en novela corta en la que se narra el padecimiento de Gregorio Samsa, un comerciante de telas de cuya actividad económica depende su familia y que un día amanece convertido en un enorme insecto. Lo mismo sucede con *Una soledad demasiado ruidosa* (1977) del checo Bohumil Hrabal en la que cuenta la historia de Hanta, un hombre que lleva 35 años trabajando en una trituradora de papel prensando libros y reproducciones de cuadros. La narración sirve de excusa para reflexionar sobre el sentido del universo literario y la soledad del artista en un mundo globalizado en el que el arte cada vez tiene menos injerencia en el acontecer político y social de los seres humanos.

También vale la pena referir casos como el de J.D. Salinger quien se consagró en el mundo literario norteamericano y mundial con *El guardián entre el centeno* (1951) una novela escrita en primera persona en la que un adolescente cuenta su vida desde su percepción fatalista y su efervescencia sexual, un tipo de narración adelantada para los días en los que fue publicada y en la que se trataban temas abiertamente vetados en la sociedad estadounidense de la época y que incluso llevó a prohibir su venta en varios lugares del mundo. El efecto de sus letras fue tan poderoso que tres décadas después Mark David Chapman luego de asesinar el 8 de diciembre de 1980 al músico John Lenon, firmaría un ejemplar del libro de Salinger con la frase “esta es mi

declaración”. Tras cometer el asesinato, Chapman espero la llegada de la policía mientras leía en voz alta la novela. La popularidad alcanzada por *El guardián en el centeno* llevó a su autor a convertirse en un eremita, se alejó del mundo social declarando que «los sentimientos de anonimato y oscuridad de un escritor constituyen la segunda propiedad más valiosa que le es concedida». Fue la única novela que publicó, pero sus páginas lo han llevado no solo a la cúspide de la literatura contemporánea sino a influir el pensamiento de miles de personas que lo han leído alrededor del mundo.

Como el caso de la novela de Salinger hay bastantes. En *La naranja mecánica* (1962), Anthony Burgess hace una crítica al modelo educativo, al Estado y, en general, a la sociedad, partiendo de un hecho verídico: en 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, su esposa fue violada por cuatro soldados estadounidenses y como producto de aquel hecho perdió el bebé que aún era gestante. En el libro, el autor personifica a estos cuatro soldados americanos como los personajes principales de la historia, cuatro jóvenes drogadictos, cuya mayor expresión es la violencia y que terminan violando a una mujer mayor, esposa de un millonario. El protagonista del libro, Alex DeLarge, es capturado por la policía y sometido al método Ludovico, una técnica experimental en la que lo mantienen drogado y obligan a observar por horas hechos violentos en una pantalla, buscando que la sensación de vómito producida por los medicamentos que le suministran empiece a relacionarla con actos de violencia. Todo esto acompañado de la escucha permanente de la Novena Sinfonía de Beethoven. Rápidamente la novela se convirtió en objeto de culto, hasta que Stanley Kubrick la adaptó al cine, desde allí, su efecto se popularizó a nivel mundial. Lo mismo ocurrió con la novela *Trainspotting* (1993) del escocés Irvine Welsh, una radiografía de la miseria oculta detrás de las calles neblinosas de Edimburgo en la que un grupo de jóvenes heroinómanos, sin ninguna educación ni vocación profesional, deambulan por la vida

alienados por la droga, el desempleo y la prostitución. Un relato audaz, cargado de expresiones de la calle, de vicios y de desesperanza, un texto riquísimo en prosa juvenil que terminó también convertido en película, adaptada por el entonces joven cineasta Danny Boyle.

Mención aparte merece el caso de Aldous Huxley y su novela *Un mundo feliz* (1932), la novela distópica por excelencia en la que el autor logra construir una realidad futura en la que la sociedad ha derivado en un compuesto armónico en el que la guerra, la violencia, el delito, la pobreza y el hambre han sido eliminados por cuenta de la supresión de la familia, el arte, la literatura, la religión y la filosofía, sumado a la adopción de prácticas de educación a través del sueño (hipnopedia), tecnologías reproductivas de intervención genética y cultivos humanos. En aquella sociedad sin diversidad cultural, sin fronteras, sin posibilidad de discrepar porque todas las necesidades básicas están satisfechas, sin guerras porque todos son iguales, en esa sociedad feliz, surge el vacío, la desesperanza, la angustia y el dolor manifestado en la imposibilidad de expresar el desacuerdo. Algo está mal. Algo falta. Es como si una ausencia profunda se hubiera tomado el carácter de todos. Es un mundo feliz en el que todos son tristes, porque son iguales, porque no hay nada que los diferencie, porque no existe la expresión individual, el consenso es el rey. Pudiera ser la utopía manifiesta, la máxima expresión del fin último de la humanidad, no obstante, en la mente de todos algo está mal, algo falta y esa felicidad no es más que una profunda tristeza, un lastimero lamento silencioso que no se escucha, un susurro de espacios ergonómicamente diseñados para la tragedia. Huxley utiliza su mundo feliz para hacer una extensa crítica sobre la sociedad actual. En la trama hay dos personajes fundamentales: Bernard y John el salvaje. Bernard es un acucioso empleado del Laboratorio de Incubación y Acondicionamiento –donde se manipula y reproduce genéticamente a toda la población–, cuya inteligencia por encima del promedio le permite librarse del condicionamiento mental que padece la gran mayoría de población, lo que añade a su condición

de persona baja de estatura y fragilidad física, las circunstancias propias de un desadaptado social en permanente crítica del sistema con la potestad inherente de cuestionar todo aquello que a los demás les parece correcto. El segundo personaje es el resultado de un error en el sistema de anticoncepción. Criado bajo los preceptos indo-cristianos de una tribu alejada de la civilización ingresa al Estado Mundial —el mundo feliz— y el choque cultural de sus costumbres y creencias con las de aquellos que pertenecen a la civilización produce de manera magistral una crítica fantástica al sistema de valores y modelo económico y político de la sociedad mundial a principios del siglo XX y que por sus consecuencias es extrapolable a nuestros días.

Alguien podría llegar a pensar que la relación de la literatura y la memoria se restringe únicamente a casos como los enumerados anteriormente, es decir, a publicaciones anteriores al cambio de siglo, previo al auge de las nuevas tecnologías, antes de que la internet, la televisión digital y los teléfonos ‘inteligentes’ inundaran el mundo, pero no, la literatura sobrevive, incluso, al poder masificador del cine, al sobrepeso superficial de la internet, a la estupidez consumista de la televisión y hasta al empeño académico científico de limitarla a una somera expresión del entretenimiento. En 2003, el célebre autor de la impactante novela realista *El amor dura tres años* (1997), Frédéric Beigbeder, publica *Windows on the World* una novela que establece un paralelo entre la vida de un agente inmobiliario y su lucha por sobrevivir en medio de los atentados contra las Torres Gemelas y la transformación propia del autor, quien reflexiona sobre la sociedad actual desde el café Le Ciel, ubicado en el piso 56 de la torre Montparnasse, el edificio más alto de París. Igualmente en 2015, el polémico niño terrible de las letras francesas, Michael Houellebecq, publica *Sumisión* (2015) libro que narra un futuro próximo en el que las elecciones en Francia son ganadas por Mohammed Ben Abbas, líder de una fracción moderada islamista y cuyo gobierno empieza a transformar la vida de todos los franceses, en especial la de François, un profesor universitario

harto de su vida profesional, sentimental y sexual. Recientemente, el 8 de mayo de 2016, fue elegido como nuevo alcalde de la ciudad de Londres, el abogado islamista Sadiq Khan (1970) en lo que muchos llaman una muestra de madurez política de la sociedad multicultural londinense y lo que a la luz del presente escrito podríamos considerar una prueba más de la forma en la que el acontecer social constituye el más grande asidero argumental de la literatura.

Y así, podría seguir enumerando cientos de historias literarias afincadas en la realidad y que sirven de escenario de reconstrucción de una realidad colectiva o individual específica, sirviendo de espejo, de filtro, de bitácora del paso del hombre por la Tierra, por su memoria intelectual (la del pensamiento), por su identidad, por su patrimonio individual que al hacerse público puede llegar a masificarse y hasta cierta medida volverse colectivo.

Todo lo anterior da cuenta de cómo la literatura está estrechamente ligada con la realidad, siendo en ocasiones una forma de narrar el pasado, visualizar el futuro, ironizar sobre el presente, o también, de reinventar el pasado y usar el futuro para hacer crítica social o política sobre el presente. Es sin duda, una herramienta de comunicación.

Esta primera aproximación al análisis de la literatura desde una perspectiva social en aquello que lo relaciona con la realidad, constituye la delimitación del territorio en el que realizaré el análisis de la obra de José Antonio Osorio Lizarazo con su novela *El camino en la sombra*, como ejemplo de novela urbana de la primera mitad del siglo XX en Colombia y a partir de la cual se puede conocer varios aspectos sociales que marcaron la vida de los habitantes de la principal ciudad colombiana en el periodo comprendido entre la Guerra de los Mil Días (1899–1902) y el inicio de la etapa conocida como la Violencia (1948–1958) lapso de tiempo en el que lejos de lo que puede pensarse, el país estuvo sumido en diversas manifestaciones violentas que finalmente

se alcanzaron su clímax en 1948 con el asesinato del candidato presidencial por el Partido Liberal Jorge Eliecer Gaitán y que desembocó en los hechos conocidos como el bogotazo y en el que murieron cientos de personas y Bogotá perdió gran parte de su infraestructura más representativa a manos de la turba enardecida que se tomó las calles debido a la muerte del que consideraban, con razón o no, en su caudillo y redentor.

Esa época, en la que suceden los hechos narrados con destreza por Osorio Lizarazo *en El camino en la sobra* sirven de referente para palpar desde lo cognitivo la atmosfera en la que vivió la sociedad colombiana por aquellos días y que, finalmente, fue el caldo de cultivo para uno de los periodos de violencia más álgido de la historia nacional, antecedido por un elemento común: el miedo.